

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — Tomo VI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, calle del faubourg Montmartre, n.º 10, en Paris.

Año 14. — N.º 142.

SUMARIO.

Impresiones en el Escorial. — Revista de Paris. — Agricultura; grabado. — El general Guillermo Pepe; grabado. — Monumento del almirante Le Ray en Pornic; grabado. — Exposición Universal de la Industria. — Verdadero amor. —

Las fiestas dadas en Paris en honor de la reina Victoria; grabados. — Hombres ilustres de la América española. — Nuevo contingente de reclutas para la Crimea; grabado. — Elvira y Luisa. — Lo que se ve desde una torre cristiana. — Revista de la moda. — Arqueología farmacéutica grabado. — Necrología; grabado.

Impresiones en el Escorial.

Lo grande y lo pequeño, lo sublime y lo ridículo, lo bello y lo deforme, están de tal manera combinados en las impresiones de la vida escorialense, que á nadie le es aquí dado ni aislarse en la esfera de lo vulgar y co-



El patio del Hotel de Villa, adornado para el baile dado á la reina de Inglaterra. (Véase la página 183.)

mun, ni mantenerse siempre en la privilegiada region de la historia del arte y de la poesia. Se ha hecho moda venir á pasar al Escorial los meses de julio, agosto, y setiembre, huyendo de los grandes calores de Madrid, y al atractivo del delicioso otoño que se disfruta en estas alturas; y como no es posible ni dar siquiera veinte pasos fuera de la vivienda en que cada cual se alberga sin tropezar con algo que se refiera á la gloriosa época de Felipe II y á los tristes anales de sus inmediatos sucesores, la vista al cabo se va familiarizando con los objetos interesantes que el arte y la fé de consuno legaron á la mezquina y pobre sociedad de nuestros dias. Solo los habitantes de este pueblo parecen insensibles al prestigio de aquella civilizaci6n grave y magnífica, y retraidos en su agreste índole menosprecian al admirador extraño de las grandezas de que son ellos depositarios indignos. ¿Será que familiarizados con tantas preciosidades artísticas como están viendo desde la niñez, tengan ellos el sentimiento estético mejor educado que nosotros, é indignados de presenciar la moderna degeneraci6n del arte, se nieguen á transigir con nuestras miserables ideas utilitarias y nuestra riqueza de mera apariencia? Será que satisfechos de haber prestado al activo é impaciente Felipe, brazos potentes y mañosos para levantar hasta la region de las águilas reales esta espléndida protesta católica de mármoles y granito contra la protesta impía de Lutero, y mecidos por las lisonjas que de los forasteros reciben, se crean los vecinos del Escorial capaces hoy de hacer lo que los obreros y artífices de aquel monarca hicieron, y exentos por lo mismo de acudir á la tarea general de la moderna cultura? Resuelva quien quiera este problema: lo único que yo puedo afirmar es que la grande obra del monasterio erigido en el décimo sexto siglo al mártir S. Lorenzo en la ancha falda del Guadarrama, de nada ha servido para civilizar á los hijos de los que lo fabricaron. Sea este aserto mi única venganza en desquite del inicuo recibimiento que les merecemos los incautos madrileños.

¿Qué delito habrémos cometido á sus ojos para que tanto empeño pongan en vejarnos y ahuyentarnos? ¿Venimos acá por ventura á comerles los piñones que son su único alimento? Les traemos acaso algun linaje de corrupci6n que ellos no conozcan? Si por holgazanones nos repudian, ¿qué han hecho ellos desde la fundaci6n del monasterio acá, que los acredite como seres capaces de perfeccion? Si por cortesanos nos desechan, ¿qué agradecimiento demuestran á la corona á quien todo se lo deben, inclusa la sopa del convento que ántes los nutria, y cuya falta se hace tanto notar en sus descarnados y miserables cuerpos?

Me figuro, y sin embargo que empiezo á vislumbrar la causa de su antipatía hacia nosotros: este fenómeno tiene su explicaci6n, y consiste sin duda alguna en que el tipo madrileño puro es eminentemente ridículo; máxime cuando reviste trajes y arreos exóticos, como el *jacket* inglés que pone en evidencia la mala conformaci6n y delgadez excesiva de los muslos del *pollo*, y otros componentes del vestido moderno europeo que no pueden usar impunemente sino los que pertenecen á las mas privilegiadas y hermosas razas. Venirse al Escorial con camisa azul ó amarilla, gabancillo ó saco escocés á media nalga, sombrero de paja de Italia, chaleco con haldas de cuyo ojal pende una cadena gruesa como para sujetar á un oso, pantalón apretado por la rodilla, zapato blanco ajustado como de bailarín de teatro, y un enorme garrote en la mano como si para andar por los peinados y recortados jardines del monasterio fueran indispensables los auxilios de que hacen uso los viajeros en Suiza para trepar á las cumbres del Mont-Blanc ó del San Bernardo; es verdaderamente querer chocar con estos paletos, que no reconocen á la criatura humana mas que con chaqueta de paño pardo, y para quienes es ya demasiada tolerancia con lo moderno el permitir que á la chaqueta se sustituya la cómoda blusa, al calzon secular el ancho pantalón, y al honrado chambergo el picaresco calañés, duro, circular y aturbantado y cuya adaptaci6n al cráneo español (sea dicho de paso) es para mí una prueba de que ó nuestro cráneo se complace en lo incómodo é irracional, ó no está repartida nuestra masa cerebral como la de los demás seres humanos.

Pero dejando á un lado las causas de nuestro antagonismo respecto de los naturales de este pueblo, donde hace mejor efecto que la escandalosa camisa de bandas azules ó moradas el no llevar camisa de ninguna especie, lo cierto y verdadero es, que á los madrileños que venimos al Escorial á dejar nuestro dinero durante la temporada de verano, se nos recibe del modo siguiente: Dáenos una vivienda sucia, incómoda, cuarteada y ruinosa, que nos cuesta dos ó tres veces mas de lo que pagamos en Madrid por una habitaci6n elegante y espaciosa. Su mueblaje se reduce á una docena de sillas, todas las cuales, imitando la costumbre del paletito que cuando bebe delante de señores nunca apura el vaso, y cuando coge la copa levanta el dedo meñique, á fuer de bien educadas tienen levantada alguna patá por no abusar del piso; una mesa, construida en el lugar que si puede ser de ocho piés no es de tres ni de cuatro, porque todo pueblo atrasado ama lo complicado y poco natural; en las alcobas catres pintados de verde; en el comedor una mesa de pino, donde suele hacer mansion una colcha vieja á guisa de tapete, y con un cajón que no consiente colocaci6n á las rodillas; por último unos cuantos cacharros en la cocina, y diseminadas por las paredes de la casa algunas estampas con marcos plagaditos de chinches, en que alternan las imágenes venerandas de los santos con los

retratos de Espartero, de Zumalacárregui y de Pepeillo. Esto nos da el casero. El pueblo representado por su ayuntamiento, nos da, calles que en cualquier país civilizado pasarían por estercoleros, en que los cerdos discurren libremente alternando con las personas en el uso de la vía pública, y en que cualquiera es dueño de depositar sus desperdicios; faroles que no se encienden de noche; plazuelas donde solo hay abastos para una tercera parte de los forasteros: vendedores á domicilio que cuelan en las cocinas del prógimo con un conejo sano otro podrido, con una libra de truchas frescas, otra de truchas pasadas; barrenderos que hacen la vista gorda á cuantas inmundicias arrojan los lugareños con horripilaci6n de los afeminados señoritos de la corte, dejando al gran barrendero, invisible pero no impalpable, del Escorial, que es el fuertísimo viento de Sudoeste que cotidianamente se precipita sobre nosotros por las gargantas de la Sierra Carpentana, el cuidado de llevarse fuera de la poblaci6n las pestilencias que de otro modo habrían de ocasionar frecuentes epidemias. Sobre todo esto, nos obsequia el pueblo con una policia tan esmerada en lo tocante á las buenas costumbres, que nuestros hijitos no necesitan mas que unas vacaciones de quince dias en este bendito lugar, para aprender á maldecir y blasfemar con términos que ruborizarían á un carretero de Cataluña.

En la activa é industriosa Alemania el monasterio erigido por el hijo de Carlos V habria sido el núcleo de una gran poblaci6n: Munster, Munich, San Galo y otras muchas ciudades de no menor importancia, deben su origen á la mera instalaci6n de un convento de religiosos, bajo cuya proteccion y amparo se agruparon, crecieron y prosperaron sus primeros pobladores. No pocas en Francia y en nuestra España tuvieron en la edad-media el mismo principio. ¿En qué ha consistido pues que la inmortal fundaci6n de Felipe II ha sido hasta ahora infecunda para el desarrollo industrial y material, intelectual y moral de este país? ¿Permaneció siempre por ventura la villa del Escorial extraña á las grandes obras de la inteligencia? No en verdad. Si que puede asegurarse que la raza que desde los tiempos mitológicos vegetaba como perdida en esta alta mesa de una de las agrestes cordilleras de la España central, debia haber vivido siempre muy atrasada respecto de las otras razas peninsulares, cuando á mediados del siglo XVI, despues de las grandes guerras continentales que habian sacado de su asiento, aproximado y como fundido todas las familias europeas, la villa del Escorial, segun afirma un testigo ocular verídico (1) con solo distar media docena de leguas de la primera corte del mundo, presentaba el cuadro de la máxima degeneraci6n posible de la especie humana en el orden material. En toda ella no habia ni una chimenea ni una sola ventana, de modo que la luz, el humo, las bestias y los hombres, todos tenían una entrada y salida comun. Tan escondido y olvidado estaba el tal pueblo, que ni aún los escribanos y alguaciles de Segovia, gente siempre solícita en descubrir cuestiones para sus intereses ilícitos, tenían noticia de su nombre. Pero los pobladores de aquellos pobres antros no se dormían como estos lugareños, hijos suyos, cuando en el año de gracia de 1562, á la prepotente voz del vencedor de S. Quintín se estremecían los antes ociosos ecos del Machote, del S. Benito y del Malagon, hormigeanaban los artistas y los cortesanos en los hasta entonces solitarios yermos del Guadarrama, y todos los braceros de la tierra aledaña, así como los del miserable y pequeño Escorial en cuyas chozas se albergaban con harta incomodidad los primeros monjes inspectores de los trabajos comenzados, eran invitados á tomar parte en la magnífica edificaci6n proyectada. Entónces aquellos infelices no resistían el influjo de la grande oleada civilizadora: acudían todos á bandadas al desmonte y acordelamiento del espeso y enmarañado jaral para aquella obra elegido: admirable era la transformaci6n que diariamente se notaba en aquella gente: el entusiasmo, ó la codicia, los habia sacado de su vergonzosa inacci6n. Cierta que los directores de los trabajos todos venían de fuera, pero éstos hallaban en los naturales dóciles y bien dispuestos cooperadores. Por todas partes resonaban los golpes del hacha, de los picos y mazos; peñascos enormes desaparecían como por encanto, y hoyos y aberturas inmensas quedaban igualadas con el suelo de la noche á la mañana, al paso que por las líneas acordeladas se abrían las profundas zanjas donde se habian de sentar los cimientos. En las inmediaciones se hacían grandes barcas para la cal, se construían hornos para yeso y ladrillos, se abrían las canteras, se preparaban fraguas y por todo el rededor se levantaban barracas, casas de madera y tiendas de campaña para que los obreros se guarecieran del temporal y custodiasen sus herramientas; de modo que aquel lugar, poco ántes tan desierto, tan silencioso y sombrío, habia pasado á una extraordinaria animaci6n, y á todas horas se oía el estallido de los barrenos, el bullicio de la obra y los rústicos y variados cantares de los peones. Cuadrillas numerosas cortaban los añosos pinares de Cuenca: igual operaci6n se hacia en los que hoy festonean el cuadro majestuoso del Escorial, en los de Balsain, Guadarrama, Pinares Llanos, el Quejigar y Navalunga, mientras una carreteria innumerable conducía las maderas al rededor de la nueva fábrica. Este gran tráfico industrial que no cesó sino con leves interrupciones en los largos años empleados en el sanea-

(1) El P. Fr. Juan de S. Gerónimo en sus memorias autógrafas y mss.

miento del terreno y recogida de sus aguas, en la fábrica del monasterio, en la erecci6n del gigantescotemplo, del colegio, del seminario, etc., debiera haber formado insignes artífices entre los hijos de estas quebradas lomas; pues el que, ignorando el objeto, hubiese contemplado desde cualquiera de los picos que coronan el terreno el inmenso acopio de materiales, la multitud de gentes afanosa que se movía en las laderas y en los valles, la populosa ciudad que en derredor del majestuoso edificio formaban los talleres, la multitud de fraguas que en ella humeaban, la prodigiosa cantidad de hierro que en ellas se introducía, las fundiciones de plomo, cobre, estaño y bronce, los muchísimos hornos de ladrillos, azulejos y estuques, mas de 30 gruas en continuo movimiento de rotaci6n trasportando á los andamios piedra, cal, agua, madera y cuanto era necesario; al pié de ellas carros tirados por diez y seis y veinte pares de bueves formando un cordón no interrumpido desde las canteras á la obra, desde ésta á las canteras; el que hubiese contemplado, repitido, este incomparable cuadro, y oído el continuo resonar de los mazos, martillos y escodas, el rechinar de las poleas, los estampidos tremendos de las piedras desgajadas de las canteras, habria creído que se trataba de fundar la capital de algun grande imperio.

Pues el que prescindiendo del ruido y agitaci6n exterior, hubiese penetrado en las habitaciones concluidas, donde todo era silencio y estudio, al contemplar las obras que ejecutaban ó disponían aquellos famosos pintores, el Mudo, Luqueto, Zúcaro, Peregrin Tibaldi, los dos hijos de Bergamosco y tantos otros con sus respectivos alumnos, se habria imaginado que las poderosas musas del arte cristiano habian colocado allí su templo. Traslataban unos sus animadas concepciones al lienzo ó á la tabla, incrustábanlas otros en los frescos de las paredes y bóvedas: hacían estos dibujos y cartones, aquellos iluminaban despues de escritos los famosos libros de coro, adornándolos de viñetas, orlas y guarniciones de gusto exquisito; los de mas allá ó pintaban al temple, ó picaban los dibujos para las ropas del templo, ó bordaban los ornamentos del culto emulando las maravillas del pincel. Habia también talleres y telares donde se hacían franjas, borlas y todo género de cordonería, donde se fabricaban el raso, la maraña, el terciopelo, los brocados y demás telas delicadas y preciosas.

Y al cabo de tan largo aprendizaje ¿qué sacaron los hijos de estas lomas de la sabia escuela de Toledo y de Herrera, de Cellini, de Tibaldi y de tantos grandes artistas como concurrieron á la portentosa obra del Escorial? ¿Ah! el viajero que por primera vez ve descollar entre estos cerros la augusta cúpula de S. Lorenzo, émula de la de Santa Sofía, y estas soberbias torres, y estas elegantes flechas que rasgan las nubes en su impetuoso tránsito, y estos vastos empizarrados bajo los cuales se adivinan desde luego bóvedas palacianas y pintados *loggias*, busca al momento con ansiosa mirada hacia la falda de estas mismas peladas y sombrías alturas la populosa ciudad formada bajo el amparo y tutela del gran monasterio, engrandecida por su poderoso patrocinio, embellecida por la perenne escuela artística, creada en él, y favorecida finalmente por las continuas jornadas de la corte; y en vez de una extensa y hermosa ciudad solo halla un miserable villorrio habitado por gente holgazana y desdeñosa, y afeado con las ruinas de todas las construcciones notables con que plugo un tiempo á la casa real ennoblecerle.

La portentosa escena que ofrecían hace cerca de tres siglos todas las artes del pensamiento en incansante ejercicio en medio de esta yerma y agreste naturaleza, pasó como un sueño, ó bien como una vision sobrenatural producida por un nigromante. Quedó, si el insigne y colosal monumento que atestigüa el ardiente y celoso catolicismo de aquel monarca á quien apellidaron sus enemigos el *demonio del Mediodía*; y realmente á los ojos de cualquier luterano ó calvinista un poco fanático, no parecerá sino que por arte diabólico pudo Felipe II erigir un templo católico semejante, en un país tan desprovisto de todo elemento artístico. Nada quedó de aquellas artes civilizadoras, ó ocasionalmente reunidas aquí en aquel siglo misterioso y aun no bien explicado, como si la Providencia hubiese querido alejar para siempre todo rumor de industria, de comercio y de vida pública; del lugar que aquel adusto rey tenía elegido para panteón suyo y de sus sucesores. Deshicieronse las fábricas y talleres, trasladáronse á otras partes los oficios, cesaron los trabajos de toda especie, y cuando el famoso P. Villacastin obrero principal de la inmensa mole erigida desmontó el maderaje y las cimbras en que se habia sostenido, se cruzaron de brazos los vecinos del Escorial, olvidaron el uso de las herramientas que habian manejado; y creo yo que por no comprender las bellezas del monumento que habian ayudado á levantar, le volvieron la espalda, y se entregaron á su pristina indolencia. Así fué estéril para ellos lo que en otro país pudiera haber sido fecunda escuela de artistas en todos los ramos; y así quedaron en contacto entre estas sombrías montañas la máxima cultura, tal como la comprendía la sociedad creyente que mereció exaltar con las victorias de San Quintín y de Lepanto, y la máxima barbarie á que puede descender un pueblo segun las ideas exactas de nuestra sociedad actual.

Por esto vemos en el Escorial de nuestros dias las grandiosas líneas del casto dórico descollar sobre edificios desprovistos de toda arquitectura; las soberbias torres de granito y pizarra elevarse sobre sarrosos tapiales; la espaciosa, llana, cómoda y limpia Lonja con-

trastar con angostas, montuosas y mal empedradas calles, cubiertas de yerba y de inmundicias; y en suma la grandeza, la amplitud, la majestad, la sería donosura de una edificación exteriormente desnuda de todo ornato superfluo, y en lo interior enriquecida con cuantos encantos son capaces de producir la pintura y la escultura, fieles á su mision de elevar y ennoblecer los humanos afectos, en contraposicion con la pobreza, con la mezquindad, con la fealdad, con la ignorancia mas crasa, con la perversion mas completa del sentido estético, del sentido científico, del sentido higiénico, del sentido comun, en todo lo que se llama construccion.

Esta raza de gentes debe carecer forzosamente de toda perfectibilidad cuando un comercio de tres siglos con las obras maestras del arte y de la industria no ha bastado para hacerla industrial ni artística, y cuando con tan heroica indiferencia asocia lo grande con lo pequeño, lo sublime con lo ridiculo, lo bello con lo deforme sin advertir el irritante contraste que á nosotros nos asesina.

PEDRO DE MADRAZO.

S. Lorenzo, 19 de julio de 1855.

Revista de Paris.

La Academia francesa ha celebrado en la semana última su sesion anual, sesion consagrada á la distribucion de los diferentes premios que otorga ya en su nombre, ya en nombre de M. Montyon y de algunos otros hombres amantes de las letras. El duque de Noailles ocupaba el sillón en calidad de director, y á su lado estaban M. Villemain, secretario perpetuo, y M. Empis, canceller. El auditorio era como siempre numeroso y brillante; entre los académicos se distinguian el duque de Broglie, M. Guizot, M. Molé, M. Cousin, etc. M. Villemain dió á conocer en un largo discurso el fallo de la Academia sobre las obras coronadas; los elogios aquí serian superfluos tratándose de un hombre tan eminente; la Academia y el auditorio admiraron y aplaudieron una vez mas su palabra viva y sostenida, su pensamiento tan grave, tan ingenioso, su crítica tan fina y sólida.

M. Villemain hizo una apreciacion elevada de varias obras de un género diverso con ese gusto delicado y certero que hace la regla cuando pronuncia su fallo, y desarrolló ante los ojos de la Academia un cuadro variado y brillante de filosofía, de poesía, de historia y de literatura. De las palabras del docto académico se desprende que las obras coronadas este año parecen anunciar un nivel muy elevado en los concursos. Hé aquí la lista de los premios. — La Academia habia señalado por asunto para el premio de elocuencia de este año un « Discurso sobre la vida y los escritos del duque de Saint-Simon. » El premio se ha dividido entre dos autores, M. E. Poitou y M. A. Pontalis.

De los premios fundados por M. Montyon en favor de las obras mas útiles á las costumbres, la Academia ha otorgado un premio de 2,500 francos al conde Luis de Carné por su obra titulada « Estudios sobre la historia del gobierno representativo en Francia; » otro igual al abate Huc, antiguo misionero apostólico, autor de una obra intitulada el « Imperio chino, » y otro de la misma cantidad á M. A. Brizeux, autor de una coleccion de poesias titulada « Historias poéticas. »

Además, la Academia ha concedido tres medallas de 2,000 francos cada una, la primera al conde Franz de Champagny por su obra titulada « La Caridad cristiana en los primeros siglos de la Iglesia; » la segunda á M. Leon Havelly por su coleccion de « Fábulas, » y la tercera á M. J.-A. Courgeon por sus « Estudios de la historia de Francia. »

La Academia habia propuesto un premio de 3,000 francos por « una historia de la poesia narrativa francesa en la edad media, » que no ha sido otorgado; pero habia propuesto tambien otro premio igual, todos ellos procedentes de las liberalidades de M. de Montyon, por « un estudio crítico y oratorio sobre el genio de Tito-Livio que ha sido entregado á M. N. Taine.

Por fin, la Academia tenia que adjudicar los premios extraordinarios fundados por el baron Gobert en favor de los mejores escritos sobre la historia de Francia y los trabajos de M. Agustin Thierry han sido honrados con el premio por la décima quinta vez. El segundo premio ha sido para M. H. Martin por la parte de su historia que encierra la historia de Francia bajo el reinado de Luis XIV. La recompensa honorífica fundada por M. Lambert para que se entregue anualmente ya á un escritor conocido por sus obras, ya á su viuda, se ha dado este año á la viuda de M. Delrieu.

Pero esta ha sido la primera parte de la sesion en la que no hemos querido detenernos como pensamos hacerlo en la segunda; despues de esta enumeracion hecho con tanta elocuencia por M. Villemain, el señor duque de Noailles presentó su informe sobre los premios de virtud, haciendo resaltar con un tacto exquisito la relacion que existe entre la institucion de la Academia y esa especie de magistratura moral que ejerce premiando á la virtud. Aquí, repetimos, queremos detenernos, pues el ejemplo nos parece digno de imitacion en todos los países. ¿Qué cosa mas noble en efecto que este elogio público y solemne en el seno del cuerpo mas respetable de la Europa, no de los grandes rasgos que electrizan al vulgo, sino de las virtudes modestas, de ese valor moral en la abnegacion y el sacrificio que desconfia de sí propio, que se oculta, que lo hace todo por caridad hacia sus semejantes! Estas historias de acciones sublimes en su oscuridad merecen ser publicadas en todos los idiomas; pero dejemos hablar al director de la Academia:

« Geneveva Eulalia Guillebaud, hoy de cincuenta y seis años de edad, hija de un cerrajero de la Rochela, se quedó huérfana de padre y madre en su infancia, sin mas guia que la pureza de su alma, sin otros consejos que sus instintos generosos y sus sentimientos naturalmente inclinados á la virtud. Sacando su fuerza y su resignacion de una piedad ya ferviente, se entregó en su juventud á la costura, y apenas principiá á recoger algun salario de sus tareas, cuando tuvo la idea generosa de repartirle con otras jóvenes de su sexo, pobres como ella, y como ella víctimas de todas las adversidades. Desde entónces Geneveva principiá á llevar á su casa jóvenes compañeras á quienes hizo partícipes de su piedad, de su conducta sin mancha, de su vida laboriosa. Mediante un trabajo y una actividad incansables ella sola atendió á la subsistencia y á las necesidades mas urgentes de sus discipulas, que han llegado tiempo hace al número de veinte, y que la dejan para dar lugar á otras en cuanto pueden ganar su vida por sí mismas, llevándose consigo los sentimientos de virtud que su bienhechora grabó en sus corazones.

« Treinta años hace que Geneveva prosigue su admirable obra sin desaliento, sin tregua, arrancando así muchas jóvenes á la miseria, á la ociosidad y á las tentaciones perniciosas, consagrándose á ellas con una dulzura tan perseverante é inteligente á la vez que logra triunfar de los instintos mas viciosos y de los caracteres mas indómitos. ¿No hay algo de extraordinario en esta vida predestinada al bien que, desde sus años mas tiernos, no conoció otro interés ni otro placer, que perseveró en su intento sin distraccion y sin enojo, sin cansarse de los mismos cuidados y de los mismos esfuerzos, y no nos da un bello ejemplo que ofrecer á la emulacion de las almas caritativas? Esta abnegacion voluntaria y constante para una empresa tan útil y meritoria, atestiguada por el obispo, el prefecto y el alcalde de la Rochela, será honrada públicamente con un premio de 2,000 francos.

« Otro premio igual se otorgará al sargento Triplon, de edad de cuarenta y dos años, enfermero mayor en el hospital militar de Marsella. Dos veces ya señalado en la órden del dia del ejército, la primera en 1837 en la division de Oran por la intrepidez que manifestó en un incendio, y la segunda en 1844 por haber dado ejemplo del mayor valor en la expedicion de Lebessa; condecorado en fin con la órden de la Legion de Honor en 1849 por su celo y abnegacion cuando el cólera hizo tantos estragos en Marsella, este valeroso sargento debia distinguirse mas aun en 1854 en la época en que el inflexible azote sembró el terror nuevamente en la poblacion marselesa. Treinta enfermeros habian sucumbido en su servicio del hospital, y entre los que quedaban muchos espantados con el contagio y con el horrible espectáculo que presenciaban, no se atrevian ya ni á tocar á los enfermos; aun hubo algunos que se fugaron. El intrépido soldado permaneció firme en su puesto; ménos valor se necesita para no abandonarle delante del enemigo.

« Triplon hizo muchos oficios á la vez: llevaba á los enfermos á la cama, los cuidaba con sus propias manos; iba de uno á otro, los consolaba y los animaba con palabras afectuosas, se multiplicaba en las salas haciendo mas que su deber, tomando apenas algunas horas de sueño, representando en fin el papel de una verdadera hermana de la Caridad con el uniforme de soldado. Pero no solo á sus palabras y cuidados debieron su salvacion muchos enfermos, sino que tambien su celo sirvió de ejemplo á sus compañeros y les hizo recobrar el valor. Nada escapaba á su buen deseo; hasta pedía á todos los enfermos, la mayor parte soldados que iban de paso, todas las noticias relativas á su identidad por si les sucedía una desgracia, sabiendo muy bien los inconvenientes que resultan para las familias de la falta de estos informes. En una palabra, se hallaba considerado como la Providencia del hospital, y los soldados que curaban salian todos agradecidos. Próximo á sucumbir él tambien y cuando sus jefes advertidos por los médicos quisieron que tomara algun descanso y se alejara momentáneamente del peligro, se negó á ello respondiendo con una sencillez heroica, que en ciertos momentos era preciso sacrificar su vida propia por aliviar la de sus semejantes. Esta hermosa conducta sostenida durante tres meses en medio de un desaliento casi universal, ha llenado de admiracion á sus jefes que todos, hasta el general del distrito y el ministro de la Guerra, nos le recomiendan encarecidamente.

« La vida de Tomás Lagrenez, sastrer en una aldea del Paso de Calais, es una serie no interrumpida de actos valerosos y caritativos. Su llegada á la aldea en 1830 fué la salvacion de una familia sumergida en la mayor miseria. Una viuda sexagenaria, impedida y sin recursos, habia recogido en su casa á dos nietecillos, huérfanos de cuatro y de siete años; pero no pudiendo darles de comer se iba ya á separar de ellos cuando lo sabe Lagrenez, apenas domiciliado en el pueblo y enternecido lleva á su casa á la abuela con los nietos y multiplicando su trabajo sostiene á todos, á la primera hasta su muerte y á los niños hasta que se encuentran en estado de ganar su subsistencia. En 1832 se constituye voluntariamente en enfermero de toda la poblacion mientras dura el cólera, y en 1848 salva á una pobre mujer que se habia caido en un pozo. Se cita su valor en seis incendios sucesivos, y se señalan de él muchos rasgos de caridad, como el de haber alimentado á tres huérfanos mientras sus parientes estaban en la cárcel, el haber cuidado durante dos años á una mujer achacosa, y á tres niñas enfermas á quienes sostuvo hasta que pudieron ganarse la vida. Esta vida de caridad, de inspiracion continua premiada ya por una medalla del gobierno, lo será de nuevo con otra medalla de 1,500 francos de la Academia.

« El mismo premio recibirá María Germain, una pobre criada que sirve hace cuarenta años á la misma familia; que gracias á sus cuidados y trabajos asiduos durante diez y ocho años ha sostenido á su ama que cayó en la miseria mas

profunda, y que á la muerte de esta consagró todo su celo á su hijo que perdió la vista y despues se quedó paralítico. Enferma tambien ella á fuerza de trabajo y de desvelos, no por eso dejó de prodigar al desgraciado el resto de sus fuerzas, y cuando murió recogió tambien en su casa al hijo que dejó el ciego sin ningun apoyo en el mundo.

« Otra mujer de la misma condicion, María Roth, de Estraburgo, de 76 años en el dia, ha servido cincuenta y siete años con una fidelidad y un desinterés á toda prueba á una sola familia de la cual ha educado, socorrido y á veces alimentado á costa de sus economías y de sus fuerzas, á cuatro generaciones, sacrificando á este afecto constante muchas proposiciones de acomodados ventajosos que se la ofrecieron por sus virtudes y hermosura, así como un retiro dulce y apacible en casa de su propio hermano; pero esto era cuando sus amos caian en la desgracia, y entónces precisamente ella se empeñaba en seguir su destino. — Este desinterés y esta fidelidad serán recompensados con una medalla de 1,500 francos. »

Cortamos aquí los ejemplos, aunque siguiendo el informe que copiamos podriamos citar diez y seis casos mas de abnegacion y heroismo en la virtud, pero los que anteceden bastan para el objeto. La Academia francesa, como dijo elocuentemente el duque de Noailles, no es una pura institucion de lujo intelectual, sino una especie de magistratura grande y sería que tiene una buena parte en el gobierno de los espíritus, y que para conservar esa direccion saludable quiere mantenerse en armonía con las ideas y las necesidades de la época. En efecto, si con una mano la Academia honra las obras del entendimiento, con la otra corona las virtudes ignoradas del pueblo, doble mision que extiende á lo infinito la esfera de su benéfica influencia.

MARIANO URRABIETA.

Agricultura.

EXPERIENCIAS AGRICOLAS EN TRAPPES.

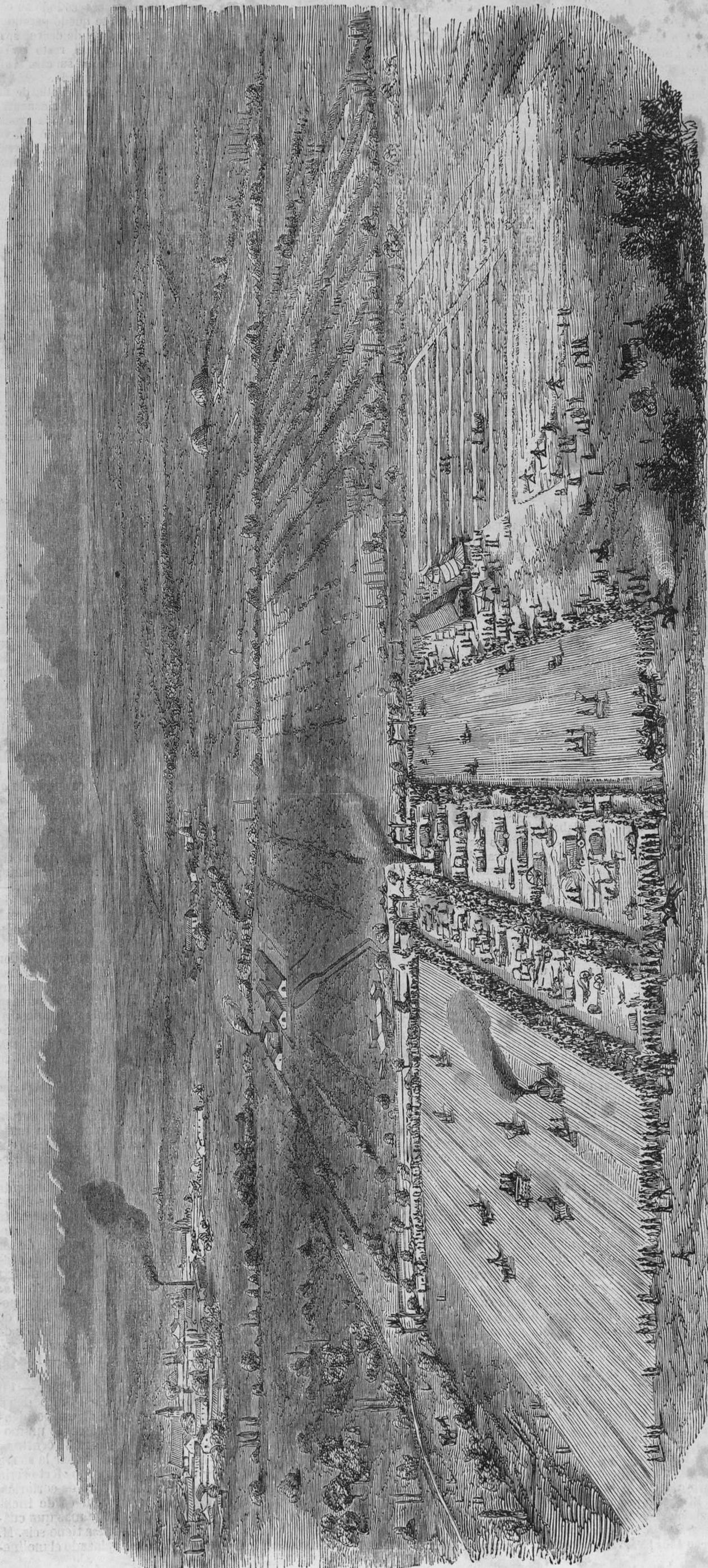
En los ensayos de máquinas agrícolas hechos últimamente en Trappes en las haciendas de M. Dailly, ensayos que han interesado mucho al público, han funcionado nueve máquinas, á saber: 1º dos máquinas de construccion francesa de M. Cournier y de M. Mazier. — 2º tres máquinas representando el sistema Poell, la una por el francés M. Laurent, las dos otras por el inglés M. Crosskill y M. Muddy, del Canadá. — 3º dos máquinas americanas: la una del sistema de Hussey, que data de 1833, construida por el inglés M. Dray; la otra por M. Manny del Illinois. — 4º la célebre máquina americana de M. Mac-Cormick, que data de 1831, y una máquina americana (sistema Atkins) construida por M. Wright.

De estas nueve máquinas, cuatro han conservado el modo de propulsion, el tiro de caballos por atrás, y el conductor despues de ellos; estas eran las de MM. Laurent, Crosskill, Muddy y Atkins. — En las demás el aparato cortador estriba sobre una ruedecilla, al lado de la rueda motriz, que es mayor y sobre la que el tiro se efectúa de la manera ordinaria: generalmente, encima de esta rueda está el asiento del conductor. — Las máquinas requieren dos caballos, á excepcion de las de MM. Cournier y Mazier que por su ligereza pueden ir con uno solo: (en el ensayo han empleado casi el doble de tiempo para hacer lo que debian).

Las máquinas de propulsion, en las que el segador ocupa el lugar delantero, tienen la ventaja de entrar por sí mismas en el campo que se trata de segar. Las máquinas cuyo cortador está al lado no pueden emprender su obra sino despues de haber segado con la hoz un trecho, al rededor del campo, que sea suficiente para dar entrada á los caballos; en seguida se dirige la máquina de manera que circule por todo lo que ha quedado en pie. — M. Mazier trata de evitar este inconveniente. Su sierra tiene la ventaja de poder transportarse indiferentemente á derecha é izquierda de la máquina, de modo que el caballo pueda dar la vuelta sobre su sitio, y seguir su camino en la parte cortada, vertiendo así las gavillas tan pronto á su derecha como á su izquierda: no hay necesidad de abrirle paso con la hoz mas que por un lado del campo.

En los sistemas Mac-Cormick, Dray (que representa el sistema Hussey), Bell y en sus modificaciones Manny, Atkins y Mazier, el principio de la hoz que corta el trigo es con poca diferencia el mismo. — La rueda motriz circula en el suelo por efecto de la traccion de los caballos y comunica su movimiento á un par de encajes, de tal suerte, que por un lado de la rueda motriz la sierra hace de diez y seis á veinte idas y otras tantas vueltas. Segun el paso de los caballos que puede suponerse de 60 á 90 metros por minuto, la sierra daría de 800 á 600 golpes por minuto. — De la forma interior de las guardas, rastrillos por donde corre la sierra, dependen la conservacion de un corte no obstruido. — Las palancas ó soportes giratorios permiten bajar ó subir la sierra para cortar mas ó ménos cerca del suelo. — En la máquina Manny, el conductor, desde lo alto de su sitio, puede además, cuando encuentra algun accidente en el terreno, determinar instantáneamente un movimiento de báscula que levanta la sierra 35 centímetros sobre del suelo. — En la máquina Cournier la sierra se ve reemplazada por unos cuchillos cuyo efecto seria el de sacudir ménos las espigas en el acto de cortarlas.

De ordinario el molinete, cuya funcion es de inclinar los tallos hacia el cortador, no tiene mas que cuatro alas, y el de la máquina Cournier tiene seis. M. Grandvoinet le acusa de haber reemplazado el moli-



Experimentos agrícolas hechos en Trappes (Sena-y-Oise), en la quinta de M. Dailly, el 14 de agosto de 1855, con diversos aparatos de la Exposición Universal, y en presencia de S. A. I. el príncipe Napoleón.

te de madera con un lienzo tendido sobre unas listas de hierro. « Este constructor, dice, no ha comprendido el fin del molinete, que debe imitar una mano empujando ligeramente los tallos hácia el cortador é ir mas lentamente que este. Hace mover con demasiada rapidez el molinete, lo cual debe desgranar mucho las espigas. » En los mejores sistemas los soportes ó cojinetes de las alas pueden prolongarse ó encogerse, de suerte que vengan á cortar los tallos allí donde se crea mas conveniente. — En el molinete Mac-Cormick las alas, en vez de ser planas como en los otros, tienen una curvatura como la de la mano que les permite introducirse desde luego en la recolección por la derecha, y sucesivamente por la izquierda, dando una sacudida menor, y por consecuencia ménos desgrane.

Las máquinas Dray (sistema Hussey) y Mazier no tienen el molinete, y sin embargo cortan el trigo de una manera satisfactoria, lo que induciría al observador superficial á creer que esta pieza es de mero lujo; pero el servicio del molinete está reemplazado en ellas por el rastrillo del hombre, que está al mismo tiempo encargado de verificar la desviación de los tallos cortados. Este hombre cuida de tomar regularmente delante de él una gavilla de tallos y de inclinarla sucesivamente hácia el cortador, verificando lo cual cuida de que una vez cortadas vayan colocándose las espigas en el suelo. Si los que manejan el rastrillo de estas dos máquinas son hábiles é inteligentes, entónces pueden funcionar tan bien como las otras, en tanto que si no reúnen esas circunstancias adelantarán muy poco. El molinete por el contrario asegura una ejecución constantemente igual: es un trabajador que nunca se distrae, y que no se cansa.

En las máquinas donde el cortador está al lado, los tallos cortados caen por detrás de la sierra, en una plataforma ó tabla que tiene aquella por atrás, y allí se juntan al rastrillo y un hombre que está sentado sobre una parte de la máquina los va dejando caer en el suelo. Quedan colocados en una prolongada línea de gavillas á la derecha de la sierra, sobre el camino que han seguido los caballos. — En la máquina Dray los tallos caen sobre una tabla oscilante, que tiende á girar cuando la gavilla ha adquirido un cierto peso. El hombre de servicio tiene el pié izquierdo puesto en un estribo fijo delante de la tabla, de suerte que cortada la gavilla, no tiene mas que levantar el pié y queda colocada sobre el suelo, donde es recogida por los mozos de labor. Este principio es bueno, y es lo que permite al hombre del rastrillo poder reemplazar el molinete como hemos visto; pero en este caso los mozos deben ser muy listos y levantar las gavillas inmediatamente, para que los caballos tengan á la vuelta el camino libre.

En las máquinas de propulsión, donde la sierra está delante del motor, los tallos cortados caen sobre una tabla dispuesta detrás de aquella sobre un plano inclinado. Dicha tabla tiene un movimiento de izquierda á derecha, y á medida que se carga de espigas, las coloca por sí misma en una extensa línea del trecho recorrido. — En la máquina de Atkins la función de la tabla está asegurada además por un mecanismo muy ingenioso. Un gran rastrillo, articulado como un brazo humano y moviéndose por intervalos regulares, recoge los tallos caídos sobre la tabla y les reúne en gavillas contra otro rastrillo fijo, cuyas puas encajan con las del otro, y en seguida el gran rastrillo movable se separa hácia atrás y abandona sobre el suelo la gavilla que ha formado.

Un hombre solo basta para el servicio de esta máquina la cual conducen dos caballos que tiran por detrás. El americano que desempeñaba este trabajo se ha conquistado la admiración de todo el público de Trappes por su afabilidad y la desenvoltura de sus movimientos. La máquina ha cortado bien; sin embargo de que algunas veces se ha obstruido.

El mismo M. Laurent conducía los animales, y tres hombres habia colocados detrás de los caballos para dirigir la máquina por medio de una grande barra fija en el extremo del timon. Perdió mucho tiempo en salvar una sinuosidad del terreno, y se paró delante de una pequeña zanja de veinte centímetros.

M. Crosskill retiró la suya del concurso despues de haber andado algunos pasos, y lo mismo ha sucedido con la de M. Muddy del Canadá.

Sin la máquina Atkins, el sistema de propulsión con el tiro por detrás habria estado visiblemente comprometido á los ojos del público francés. Ha segado sus diez y seis areas, su tarea señalada, en veinticinco minutos.

La máquina francesa de Cournier, con su caballo, un conductor y otro hombre para el servicio de la tabla, se detuvo muchas veces y finalmente se retrasó; pero se ha hecho notar por no haber dejado ningun tallo sin cortar detrás de ella, lo que no ha sucedido con todas las demás. Los defectos de su molinete son muy fáciles de corregir.

La otra francesa de M. Mazier, con su caballo, un conductor y un mozo tambien se ha parado muchas veces en su trabajo. Sin embargo M. Grandvoinet declara haberla visto marchar muy bien el año pasado en Grignon.

La máquina Dray, con sus dos caballos, un conductor y un mozo es muy pequeña, poco embarazosa y se halla construida de manera que pueda superar todos los malos pasos: esto no impide que se le haya hallado el defecto de demasiada presteza en su molinete, cosa fácil de corregir: hizo todo su trabajo rápidamente.

y sin detenerse; diez y nueve areas en veinte minutos.

La máquina de Mac-Cormick es la que ha reunido mas sufragios: el americano ha vencido á los ingleses. Exige dos caballos, un conductor y un mozo puesto á horcajadas en un sitio estrecho detrás de la rueda motriz. Llenó su cometido sin accidente alguno, y recorrió diez y nueve areas en diez y siete minutos, es decir, ántes que todas las demás. Esta celeridad, que produciría cerca de una hectárea por cada hora y veinticinco minutos, no puede aceptarse como un hecho absoluto, pues hay que tener en cuenta la suma expedición del conductor, y sobre todo el ardor pasajero de los caballos, que no podrían sostener á trecho largo. Admitiendo *dos horas* por cada hectárea en circunstancias ordinarias, ya es todo lo que se puede desear. — Pudiendo hacerse cinco hectáreas con diez horas de trabajo, se logran con los gastos siguientes: dos caballos y el conductor 8 francos; el mozo del rastrillo, 5 francos; cuatro mujeres para recoger las gavillas, 8 francos; total 21 francos. El mismo trabajo ejecutado con la hoz cuesta actualmente, en los alrededores de Paris, 95 francos. Añádase lo que se quiera para reparacion, uso y amortizacion del coste de una máquina, que el constructor puede vender por 750 francos, y siempre resultará una economía muy considerable en adoptarla para la recoleccion.

En las segundas experiencias de Trappes, la máquina de Mac-Cormick ha conservado tambien la superioridad. Las máquinas de Cournier, Manny, Wright tambien han producido buenos resultados. — Luego despues de haber cortado el trigo se probaron estos preciosos autómatas en la siega de la alfalfa. La máquina de Cournier no estaba dispuesta para esta faena. Man-

ny se dispuso en un *minuto*, Mac-Cormick en un *cuarto de hora*, y Wright exigió *veinticinco minutos*. La siega de 14 areas de alfalfa ha sido para ellas como un juego; en ménos de un cuarto de hora no han dejado un tallo en pié. — Hé aqui los hechos que pueden dar mucho que pensar á los economistas. Desde luego para extenderse en consideraciones mas ó ménos profundas, seria menester escribir volúmenes enteros.



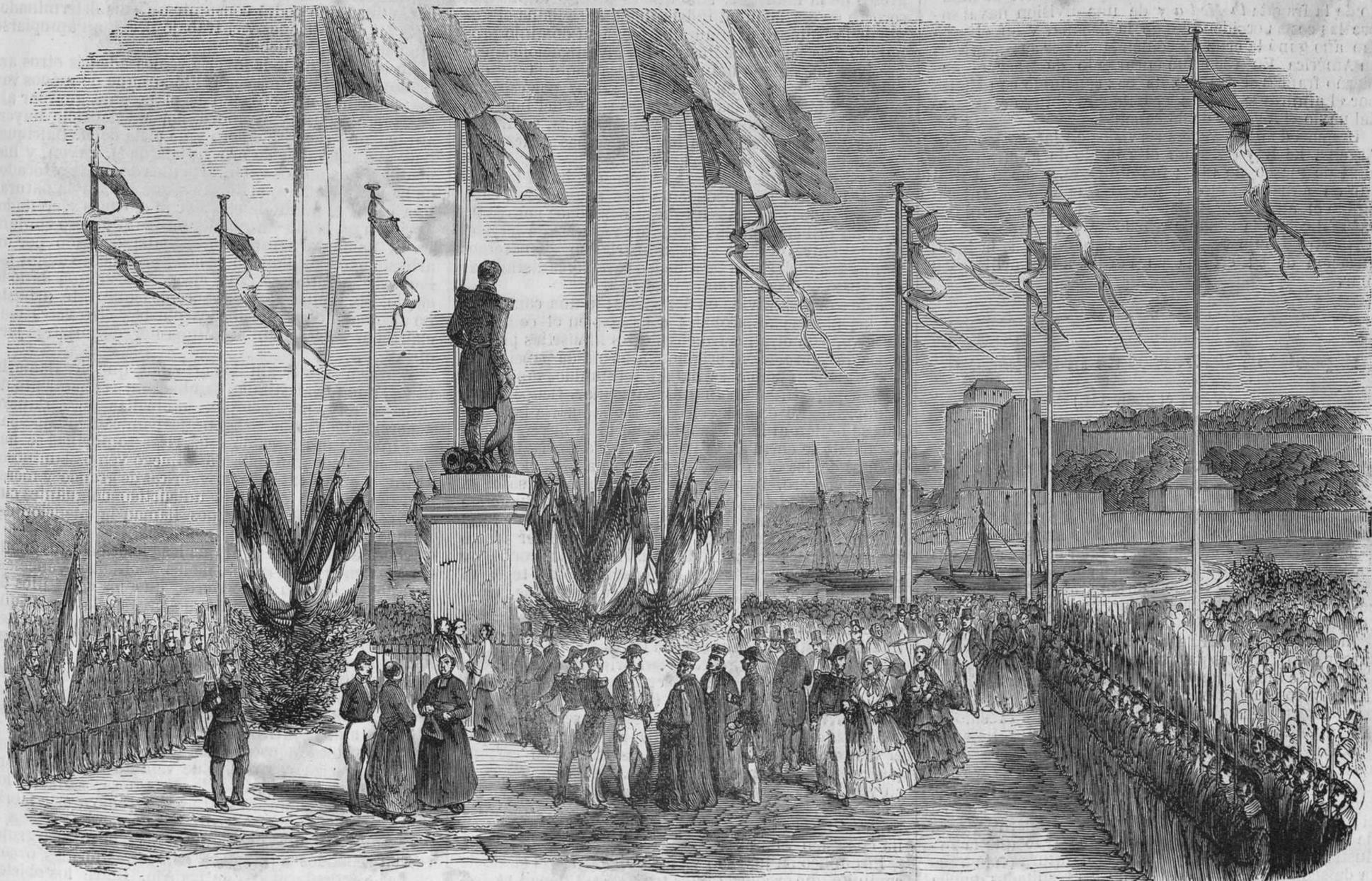
El general Guillermo Pepe.

EL GENERAL GUILLERMO PEPE.

El 8 de agosto ha fallecido en una casa de campo de las cercanías de Turin el general Guillermo Pepe, una de las notabilidades históricas de la Italia moderna. Nacido en la Calabria en 1783, tomó parte en los asuntos de Nápoles en 1799, se libertó de la muerte por su tierna edad, y habiendo podido marchar á un país extranjero se fué á Dijon donde se alistó en la legion italiana; de este modo formó parte del ejército francés que bajo las órdenes del primer cónsul ganó la batalla de Marengo. Volvió á su país siendo rey de Nápoles José Napoleon, y bajo el reinado de este principe y de su sucesor Murat, desempeñó un papel militar muy activo y honroso. A treinta años era ya teniente general y se señaló en la campaña de España y en la de Italia en 1815, cuando el rey Murat enarboló la bandera de la independencia italiana.

Cuando los Borbones volvieron á Nápoles, el general Pepe fué conservado en los cuadros del ejército en virtud del tratado de Casalanza. En julio de 1820 fué uno de los primeros que proclamaron la Constitucion española.

Despues de la caída del go-



Inauguracion de la estatua del almirante Le Ray, en Pornic, el 12 de agosto de 1855.

bierno liberal el general Pepe debió buscar su salvación en el destierro, y desde 1821 vivió alternativamente en Portugal, en España donde hizo amistad con José Hume y en Francia donde fué amigo del general Lafayette, de M. Arago y de otros hombres célebres.

En 1848 el general Pepe volvió á su patria, y fué nombrado comandante en jefe del cuerpo de expedición enviado por el gobierno napolitano á la Lombardia para combatir contra los austriacos. Llegado á Boulogne recibió contra-órden; su corazón patriótico se indignó y se fué á Venecia donde le encomendaron el cuidado de defender la ciudad, lo que hizo gloriosamente; cuando Venecia tuvo que capitular se vino á Francia, y despues del golpe de Estado de 1851 se fué á los Estados sardos donde ha vivido en paz y honrado por todo el mundo y todos los partidos hasta el fin de sus dias.

Monumento del almirante Le Ray en Pornic.

Por un decreto imperial se autorizó á la villa de Pornic á erigir por suscripción una estatua al almirante Le Ray, y en efecto, la inauguración de la estatua ha tenido lugar el 12 de agosto último, día de la fiesta de Pornic. Todos los marinos y una cantidad considerable de los habitantes del distrito de Paimbœuf asistían á esta ceremonia deseosos de rendir homenaje á las cualidades militares y civiles de su conciudadano, cuya pérdida ha sido muy sentida por todos. La estatua es obra de M. Menars de Nantes, y su perfecta ejecución hace honor al talento de este artista.

El almirante Le Ray nació en Brest el 13 de noviembre de 1793. Principió á servir al Estado en calidad de grumete en 1804, y un año despues entraba en el colegio de marina de Rennes para hacer sus estudios de donde salió guardia marina en 1812. Despues de haber ascendido hasta el grado de teniente, fué condecorado con la cruz de la Legion de Honor el 1º de agosto de 1827, por su valor y sangre fria en la rendición de la ciudadela de Atenas donde se hallaban encerrados 2,700 griegos, soldados, ancianos, mujeres y niños que sin la intervencion del almirante francés M. de Rigny habrían sido degollados por los turcos.

Le Ray asistió á la batalla de Navarino en calidad de jefe de estado mayor de la escuadra francesa; el grado de capitán de fragata fué la recompensa de su conducta en esa accion memorable. De 1829 á 1831 obtuvo varias comisiones de importancia, y en 1832 hizo la campaña de los mares del Norte, para bloquear los puertos de Bélgica y de Holanda durante el sitio de Amberes. En la toma de la plaza de Bougie en las costas de la Argelia, ascendió al grado de oficial en la Legion de Honor, y en 1834 alcanzó el ascenso de capitán de marina. Cuatro años despues obtuvo el mando de la fragata *la Média* y de una division naval sobre las costas occidentales de la España, y en el mismo año ganó la cruz de comendador por sus servicios en América. En 1839 fué encargado de traer al gobierno francés el tratado de paz concluido con Méjico por el almirante Baudin, y entonces obtuvo el mando del navío *el Neptuno* de 86 cañones.

Despues de otros varios servicios en las costas de la Argelia, Le Ray entró en el consejo de almirantazgo el 24 de marzo de 1842; fué diputado, y llegó á ocupar en aquel consejo el puesto que dejó vacante su amigo el almirante Lalande. En el mes de junio de 1849 falleció á la edad de cincuenta y tres años.

Nuestro dibujo representa la ceremonia de la inauguración de su estatua en Pornic á las orillas del mar.

Exposicion Universal de la Industria

(Véase el núm. 141.)

II.

LA INDUSTRIA PARISIENSE.

El salon grande del palacio de la Industria es naturalmente el primer punto que llama la atención del público y por él vamos á principiar nuestras visitas. Nuestros lectores conocen ya el órden en que están colocadas las diferentes naciones, así como la clasificación de los productos, de modo que sin trabajo podrán darse cuenta de la exploración que vamos á emprender en su compañía.

Nuestro método será muy sencillo. Despues de examinar las diferentes partes de que se compone la Exposición de modo que podamos hacernos cargo del conjunto y conocer el estado actual de las diferentes fabricaciones, buscaremos cuales son en último resultado las invenciones útiles, los descubrimientos notables que descuellan en este vasto concurso: en seguida apreciaremos el método relativo, el grado de perfección de los objetos de igual naturaleza entre los diferentes pueblos allí representados, y por último vendrá el exámen de los precios, cuestion capital para la masa de los consumidores. Queremos estudiar lo que la industria ha hecho para alcanzar la baratura en la venta de sus productos y cuales son los resultados que ha obtenido en esa vía; queremos saber si la reducción de

precios, cuando existe, proviene realmente de una fabricación mas hábil, mas inteligente ó mas vasta, y no de una disminución deplorable en la calidad de los objetos fabricados. Sin duda sería absurdo pretender que el hombre se redujera en la tierra al papel de consumidor; pero ya que se encuentra obligado á procurarse una multitud de cosas para la vida, para alimentar y educar á su familia, para desarrollar todas sus facultades, se hace una cuestion esencial para el progreso de las sociedades, el que pueda adquirir los objetos que le son necesarios.

Principiarémos por decir dos palabras sobre el carácter general de esta Exposición repartida en edificios reunidos, pero ordenados de un modo diferente: este carácter es la variedad de las perspectivas. Cuando se pasa de una parte del edificio á otra se cree uno transportado al seno de un nuevo mundo: el prestigio en vez de nacer aquí como en Londres en 1851 de un efecto de conjunto resultante del largo desarrollo de la nave de Hyde-Park, proviene de los cambios de un panorama que á cada paso desarrolla, por decirlo así, un nuevo horizonte.

El salon del piso bajo donde nos colocamos en este momento, reúne á la grandeza de las líneas una armonía perfecta en las proporciones. A pesar de su magnitud, el ojo abraza fácilmente todos sus pormenores, pero visto desde las galerías del primer piso es cuando se presenta bajo su aspecto mas grandioso.

Las maravillas expuestas en este gran salon pertenecen á todos los pueblos, y aquí el modo de clasificación difiere del sistema adoptado en las demás partes del edificio. Así como en Londres en 1851 se ha admitido la division de productos por naciones; cada pueblo forma un grupo separado. En vez de aislar los productos de cada país se habria podido reunirlos por órden de industria; pero este era otro método, y sin entrar aquí en la apreciación comparativa de las ventajas y los inconvenientes de ambos sistemas, consignaremos solamente que la mezcla de los pueblos presta á la nave una verdadera originalidad.

Ese mismo espacio presenta otro carácter no ménos digno de llamar la atención y que proviene de la naturaleza misma de los objetos que en él se encierran. Allí en efecto, vemos los productos industriales que tocan mas de cerca al dominio del arte, aunque esto no es decir que en las galerías no se hallen otros objetos con igual circunstancia. En todas las obras de la industria se ve el arte. Al lado de las condiciones relativas á la utilidad, estas obras se hallan tambien sujetas á otras exigencias, cuya satisfacción no es ménos indispensable, como verbigracia las relativas á la forma, á la proporción, á los colores, á su disposición y que constituyen la hermosura general de una obra. La perseverancia y la destreza del obrero, la misma ciencia que nos suministra los medios de centuplicar nuestras fuerzas ó permite simplificar los procedimientos de fabricación, no bastarian para asegurar los progresos de la industria, sino que es preciso tambien el socorro de esa facultad indefinible que se llama el genio de lo bello. El arte aunque tenga su dominio propio, no deja por eso de ilustrar las investigaciones progresivas del trabajo industrial. Unicamente la industria no puede echar en olvido que tiene por especial misión el atender á las necesidades reales del hombre, y mientras cumple su tarea de satisfacerlas, su mérito consiste en aprovechar en las formas, las delicadezas del gusto y las leyes de la armonía.

Las diferentes partes de la Exposición, hasta las ménos brillantes, corresponden á esas necesidades, cada una segun los productos de que se compone; pero como el salon principal forma como una especie de terreno neutral entre el arte y la industria, en él podremos formarnos mejor una idea de los caracteres distintivos del gusto en las diferentes naciones.

Este salon se divide en dos partes; la una comprende las piezas excepcionales colocadas en el centro de la nave, y la otra los trofeos de las industrias principales de cada nacion, erigidos en forma de pabellones. Estos grupos, donde se hallan reasumidos tantos esfuerzos, presentan un interés particular. Ocupémonos primeramente de los trofeos de la industria francesa que se hallan al lado septentrional de la nave.

Cuando se entra en el Palacio por la puerta monumental de los Campos-Eliseos se llega al centro mismo del crucero. Diez grupos se ven colocados sobre la derecha al lado del Oeste y diez á la izquierda subiendo hácia el Este. Vienen á la derecha los tejidos de lana de diferentes géneros, la cerámica, un primer trofeo reservado á los artículos de París, luego los bronceos de adorno, los instrumentos de precisión, las telas de Lyon, el trofeo de la marina, el de máquinas, el de zinc de la Vieille-Montagne y el de la agricultura. Al extremo de esta larga fila hay además algunas hermosas muestras de la industria mineral.

Por el otro lado se presentan primeramente el trofeo de los encajes y el de la cristalería; despues tenemos la ebanistería de arte, seguida de los bronceos, muebles y asientos de lujo, y luego un segundo grupo de las industrias parisienses. La línea se termina por el trofeo de artes militares, el de ornatos de cartón-piedra para construcciones, y el de imprenta, y concluye con los instrumentos de música. Al extremo y como formando pareja con el grupo de la industria mineral figura un órgano de coro, de madera de encina esculpida y dorada.

El público ha juzgado ya favorablemente el efecto de conjunto que producen estos trofeos que llenan perfectamente el vacío de esa vasta sala. En cuanto á las in-

dustrias que representan como luego las hallaremos en las galerías, será mejor para su apreciación el considerarlas en el conjunto de sus productos. De este modo pues, nos limitaremos á dar á conocer aquí la composición de aquellos trofeos que tienen un carácter mas notable.

En este número entran seguramente los dos que representan la industria parisiense puramente dicha. Habia un interés positivo en reunir los productos propios para dar una idea de esa variedad, ese gusto, esa elegancia, esa fantasía que distinguen los artículos de la capital: los productos de la industria parisiense se hallan expuestos en dos pabellones de madera negra esculpida y dorada con grandes espejos á sus lados. En el frontispicio de estos baldaquinos se leen estas palabras en letras de oro: *Industria parisiense*. Además en uno se ha inscrito esta indicación: *Adornos*; y en el otro: *Fantasia y objetos de arte*. Me parece que esta segunda inscripción no se ha observado rigurosamente, pero sin embargo, se ha hecho lo posible por permanecer dentro de sus límites.

La erección de estos trofeos ofrecia dificultades de ejecución muy seria; desde luego era muy difícil el trazar los límites exactos del dominio de la industria parisiense, y no obstante era esencial agrupar muestras de todos sus ramos para que el cuadro tuviera toda su significación, siendo no ménos importante el evitar las repeticiones de artículos que habrían usurpado un puesto precioso.

El primero de estos trofeos, el de los adornos, se compone de diez ó doce fabricaciones diferentes. La joyería de M. Bapst ocupa su centro: esos magníficos aderezos de diamantes, esas piedras preciosas montadas con tanta finura, esos collares, esos broches, esos delanteros de corpiños, representan un valor de medio millon de frs.

¿Y dónde están, se preguntará el lector naturalmente, los compradores de esos espléndidos productos? Se hallan en todos los países del mundo, pero no siempre ocupan los mismos sitios, y esta es una circunstancia particular del comercio de diamantes, cuyo conocimiento es muy curioso. El mercader tiene que buscar el consumo segun las fluctuaciones de la riqueza general, hoy en un lugar y mañana en otro. Sucede que un país favorecido por la Providencia tiene una abundante cosecha de trigo cuando en torno suyo los demás Estados padecen de escasez, al punto se encuentra allí dinero, y sin tardanza se envían á él los lujosos productos de la joyería. Otra comarca, por una circunstancia cualquiera se halla con un comercio de una prosperidad excepcional, y al momento acuden allí á establecerse los mercaderes de diamantes. Diríase que este comercio se abriga bajo tiendas portátiles que pasea de un extremo á otro del mundo.

La habilidad del comerciante estriba en dos condiciones particulares: es preciso adivinar con presteza donde se hallan los medios de pagar artículos de tan alto precio, y además importa calcular con exactitud la cantidad que podrá consumir un país determinado, pues las disposiciones y el trabajo necesitan apropiarse al gusto de cada pueblo.

En el pabellon de la joyería vemos además otros artículos de lujo del mayor brillo aunque de ménos valor: aquí hay un cofrecillo de plata para guardar alhajas de un gusto muy puro, por M. Mauricio Mayer; allí tenemos cadenas de oro y de plata de M. Dafrique, mas allá filigranas de oro y plata de M. Payen, y luego objetos de ménos valía, artículos de moda y tocados de baile. Unas flores artificiales que imitan la naturaleza hasta el punto de engañar al ojo mas ejercitado, esparcen un brillo encantador en ese suntuoso conjunto. El fondo del escaparate se halla ocupado por un arbusto exótico, llamado *crinom*, procedente de los talleres de M. Duteis, y cuya ejecución es digna de todo elogio. Sin embargo, confesaremos que este arbusto no dice nada por sí mismo, y que hay cien veces mas expresión y poesía en la última flor de nuestros jardines.

Tambien vemos allí los artículos que yo llamaria útiles, aunque atestiguan tambien un refinamiento de trabajo. Hay, por ejemplo, sombrillas de un nuevo género, cubiertas de ricos encajes; únicamente me parece que las muestras de estas ricas sombrillas se hallan demasiado multiplicadas. Luego vemos suntuosos abanicos procedentes de dos fábricas de grande y merecida nombradía, y despues un surtido de guantes cuyos colores variados y finos llaman la atención del mundo elegante.

Ahora añadirémos aquí que las pieles de estos guantes provienen de Francia, de las montañas francesas, para tener ocasion de advertir que los cabritillos de Francia son los que dan las mejores pieles de las que hasta el dia se conocen, de modo que la variación del precio de los guantes no solo consiste en la perfección del trabajo, sino tambien en el origen de la piel.

Subiendo ahora la nave hácia el Este, hallamos el segundo pabellon de la industria parisiense entre el de los muebles y sillas de lujo y el de la guerra. Ese pabellon abraza artículos de veinte casas de fábrica y de unas quince industrias. En medio figura un tocador de plata maciza compuesto de veintidos piezas sobre una mesa de bronce plateada. Esta obra, salida de los talleres de M. Audot, honrará en extremo á este fabricante.

Algunos artículos que figuran ya en el primer grupo se ven repetidos aquí, pero bajo otras formas ó con ciertas particularidades de trabajo. Entre los objetos nuevos podemos citar marfiles esculpidos, diferentes

artículos de tabletería fina, bronce, almohadillas de perfumería, perlas falsas, una petaca de plata maciza, etc. La papelería de lujo se halla representada también por medio de carteras y otros objetos de tafilite. En dos cuadros se encuentran surtidos de hermosos papeles de fantasía, pero este modo de exposición no habla suficientemente á las miradas, el fabricante debería hallar otro medio mejor de exponer sus productos.

Quiero señalar también varios artículos que se trabajan ahora en París, no solo con esmero sino con un lujo exajerado y que despertarán el deseo de su adquisición á muchas madres, aludo á las muñecas, cuñas de muñecas y utensilios caseros de muñecas. Preciso es que seamos en el día muy ricos ó muy pródigos, pues consagramos mas dinero que nunca á esas futilidades que á menudo se hacen pedazos el primer día que se adoran. En ningún otro tiempo el comercio de juguetes de niños en general, se habia visto tan próspero. No critico que se den juguetes á la infancia, y que se den muchos, al contrario, apruebo esta tendencia, pues fijando la primera atención de los niños se les ocupa, sin contar la alegría que en ello experimentan; me rebelo pues, únicamente contra las sumas á veces excesivas que en esto se emplean, y que podrían servir para aliviar grandes miserias que tenemos bien cerca desgraciadamente.

No hemos nombrado mas que algunos de los fabricantes cuyos productos contribuyen á la composición de los trofeos, pues no podíamos erizar esta revista de nombres propios extranjeros para la mayoría de nuestros lectores. Seguramente es una honra el figurar en los dos grupos colectivos, pero me apresuro á decir que ese puesto no significa que los que le ocupan son los únicos que tienen fama y habilidad en su industria. Una vez adoptada la idea de los trofeos, preciso era elegir, no todos habian de ser comprendidos, pero esta elección no excluye en manera alguna el mérito de los otros; insisto en este punto, porque es de mucha consecuencia. Tocante á muchas fabricaciones hallaremos en las galerías artículos tan notables como los de los pabellones de la nave central, que representan, no una fábrica especial sino una industria entera.

Verdadero amor.

Un jacinto bellissimo servia
Con delicado esmero
A una rosa gentil de Alejandría.
Por lo hermoso y galán era el primero
De cuantos ostentaba la pradera;
Y la rosa en verdad... era imposible
Que naciese otra flor mas hechicera.
Su apasionado amor indefinible
Jamás les dió pesares ni desvelos;
Amor, todo ventura,
Y... ¡cosa original! amor sin celos.

Alelís, y lirios, y amarantos
Envidiaban la dicha del amante,
Mirando de la rosa los encantos.
Con afán incesante,
Con celosa agonía
También lilas y acacias envidiaban
La dicha de la flor de Alejandría.
Y todos á la vez se conjuraban
Con obstinado empeño,
Por romper el amor que los unía.

La Reina de las flores, sabedora,
Mostrando enojo en la rosada frente,
Dijo con majestad encantadora:
— Porque en mi reino entero
La torpe envidia su castigo vea,
El amor verdadero,
Ardiente, puro, indestructible sea.

José SELGAS Y CARRASCO.

Las fiestas dadas en París en honor de la reina Victoria.

EL BAILE DEL HOTEL DE VILLA. — LA REVISTA DEL CAMPO DE MARTE. — LA FIESTA DE VERSALLES.

Los bailes del Hotel de Villa tienen un renombre proverbial: muchas veces han eclipsado á los de las Tullerías; pero la fiesta dada esta vez, excede á todas las que haya memoria.

El Hotel de Villa se habia transformado en un palacio encantado.

La multitud se apiñaba en la plaza de Greve para contemplar aquellos magníficos preparativos.

La calle de Rivoli estaba guarnecida de mástiles adornados de banderolas y de flámulas tricolores.

La fachada del Hotel de Villa estaba adornada de banderas francesas, inglesas, turcas y piemontesas. Ricos escudos, con las cifras entrelazadas del Emperador y de la reina Victoria, se hallaban rodeados de trofeos y de panoplias. Sobre el campanario ondeaban estandartes con las armas de Francia é Inglaterra. La escalera de Enrique IV, por la cual entró la reina Victoria, estaba magníficamente entapizada de azul con rincepses de oro y sembrada de abejas.

Gigantescas pirámides representaban con vasos de colores las letras V. A. y N. E. Las paredes estaban cu-

biertas con tapices de los Gobelinos, y el suelo cubierto de ricas moquetas. Por último, numerosas guirnalda de follajes y de flores daban á la vieja fachada un gracioso aspecto.

El patio de Luis XIV habia sido transformado desde las últimas fiestas en honor del Lord-maire en un magnífico vestíbulo cerrado con una cúpula de cristales. Una doble escalera de caracol conduce á la sala del Trono. Sobre esta escalera habia colgada una araña dorada, cuyos vasos blancos imitaban las flores del catalpa. En el centro habia un grupo de escultura improvisada que representaba la Inglaterra y la Francia unidas y dándose la mano. En un escudo comun, sobre el que se veia una rama de olivo, estaban figuradas las armas de las dos naciones, y la fecha de 23 de agosto de 1853.

Este grupo dominaba un estanque de agua viva rodeado de flores, alimentado por dos estatuas alegóricas del tamaño natural, el Sena y el Marne.

Sobre la gradería del edificio reinaba una galería inferior en forma de gruta, entapizada de yedra y adornada de Amores modelados por los del estanque de Versalles. Un inglés ofreció comprar á peso de oro esta monumental escalera.

El vestíbulo cubierto, la escalera de honor y el salon de las Cariátidas estaban reservados exclusivamente á la Reina y á la corte, pero el salon en que estuvo la reina Victoria, abierto por todos lados, podia ser visto desde las galerías y los salones por donde circulaban los convidados.

Se habian repartido 6,000 esquelas de convite.

De los dos lados de la galería que conduce á la sala de San Juan saltaban cascadas que caian en luminosas centellas en inmensos cestos de flores.

Los dos salones llamados del Preboste fueron transformados en gabinetes; y en un nicho adornado de un enrejado de oro entremezclado con follaje se veian las estatuas de la Industria y del Arte.

En el gran salon de los Anades, una multitud de surtidores se reflejaban en inmensos espejos cuadrados que multiplicaban hasta lo infinito las luces y los saltos de agua. En cada ángulo de las habitaciones se destacaban de una gruta de follaje ninfas esculpidas por Loyson.

En el gran salon destinado al baile se elevaba un trono, sobre el que se veia la corona imperial. En las colgaduras de terciopelo encarnado con franjas de oro habia sembradas abejas de oro y flores alegóricas de la Gran Bretaña. El interior del trono estaba tendido de ricas colgaduras de raso blanco bordadas de oro y de perlas. Las escaleras, cubiertas de ricas alfombras estaban adornadas con numerosas jardineras guarnecidas de las flores mas raras y de verdes follajes.

Tres orquestas concurren al brillo del sarao. La orquesta de armonía, compuesta de lo mas escogido de los artistas de la capital, ejecutó la nueva marcha imperial de Gounod, el coro de *Armida* y un trozo de *Oberon*, de Weber.

El *Monitor* da los pormenores siguientes sobre el mismo asunto: En todo el tránsito desde las Tullerías al Hotel de Villa, una multitud inmensa, ansiosa de contemplar á S. M. se habia estacionado en su tránsito, repitiendo continuamente los gritos de: *Viva la Reina!* *Viva el Emperador!*

En la sala del consejo rodeada de jardineras y transformada en salon de espera y de descanso las señoras del cuerpo municipal tuvieron la honra de ser presentadas á SS. MM.

Después de la primera tarde de baile, recurrieron SS. MM. los salones del Hotel de Villa recogiendo á su tránsito los testimonios del mas sincero entusiasmo y del mas profundo respeto.

Dos estrados ricamente entapizados de terciopelo habian sido reservados para el Emperador y sus augustos huéspedes en la sala del trono y en los salones de las arcadas.

Habia en todos los pisos y en casi todas las salas en que no se bailaba, buffets servidos con la mayor profusion. El cuerpo diplomático, los ministros, los presidentes del senado, del cuerpo legislativo y del consejo de Estado, los funcionarios públicos, los oficiales franceses y extranjeros estaban de grande uniforme.

Habíanse tomado tan bien las medidas, que á pesar de la inmensa afluencia de gente se mantuvo perfectamente la ventilación y no se interrumpió la circulación.

SS. MM. se retiraron á cosa de las once y media, seguidos en todo su tránsito por las mas entusiastas aclamaciones. Después de su marcha, se prolongó la fiesta hasta el amanecer.

En cuanto á la revista del Campo de Marte seria imposible querer analizar el número de personas que asistieron á ella.

Las Tullerías, los terrados, los Campos-Eliseos, las avenidas que conducen á Chaillot y al puente de Jena estaban invadidos por una inmensa multitud.

A cosa de las cinco, SS. MM. el Emperador, la reina de Inglaterra y la Emperatriz salieron del palacio. Pero antes de hablar de su llegada á las tropas, echemos una rápida ojeada al Campo de Marte.

Desembocando por el puente de Iena, haciendo frente á la Escuela Militar, habíanse formado seis hermosas líneas de infantería, formadas por seis batallones de la guardia imperial, veinte y siete batallones de cazadores á pié, y de la infantería de línea de las tres

primeras divisiones del ejército del Este, y por último, un batallon de zapadores bomberos. El lindo batallon de las Escuelas de Saint-Cyr, primer batallon de Francia, estaba á la cabeza en la extrema izquierda de todas las líneas. Las tropas de infantería formaban un total de 35,000 hombres.

Mirando á la izquierda, se veian, dando frente á la infantería cuatro líneas de caballería, compuestas de la manera siguiente: doce escuadrones de guias y coraceros de la Guardia, llevando á su extremo derecho el escuadron de Saint-Cyr, cuyos jóvenes futuros oficiales están destinados al arma de caballería. En segunda línea, cuatro escuadrones del 2º de husares y otros cuatro del 3º y 12º de cazadores. En tercera, el 11º de dragones, los 3º y 8º de lanceros, y por último, en cuarta línea, la magnífica division de gruesa caballería del general Korte, 8º y 10º de coraceros, 1º y 2º de carabineros y un escuadron de la gendarmería del Sena.

Toda la guardia de París á pié y á caballo habia sido designada para el servicio de orden, que debia ser difícil con tanta aglomeración de gente.

Delante del Sena se habia situado la artillería, que desplegaba en una sola línea tres baterías de la Guardia, dos montadas y una á caballo; además, siete baterías agregadas á las divisiones activas del ejército del Este, con un material de sesenta bocas de fuego de campaña.

El mariscal Magnan tenia todas las tropas bajo sus órdenes: la infantería estaba bajo el mando superior del general baron Renault, el mas antiguo jefe de division; la caballería bajo las órdenes del general Korte, y por último, la artillería bajo las del general de brigada Auvity.

Renovando, pero en mayor escala, lo que se habia hecho cuando se verificó la revista de las Aguilas, se habian construido rápidamente á derecha é izquierda del pabellon del Reloj pegadas á la Escuela Militar, dos lindas tribunas, bastante elegantes. En las que podian colocarse mas de mil personas. Entre las dos tribunas, adornadas de trofeos de las dos naciones, estaba el balcón del pabellon, adornado con gusto y elegancia.

Muchas tribunas particulares se habian construido en el gran costado del Campo de Marte, pegado á Grenille.

A las cinco en punto, las trompetas y los tambores anunciaban la llegada de SS. MM. En efecto, no tardaron en llegar por el puente de Iena. El cortejo iba formado de la manera siguiente:

Primero una vanguardia de cien guardias, los doce oficiales de ordenanza del Emperador, un carruaje descubierto de cuatro caballos, en el que se habian colocado: S. M. la reina Victoria, á la derecha; S. M. la Emperatriz á la izquierda; frente á la Reina el príncipe de Gales; frente á la Emperatriz la princesita.

A la portezuela de la derecha, hablando con la Reina, iba el Emperador, de grande uniforme de oficial-general, con el gran cordón de la orden de la Jarretiera; á la derecha S. A. I. el príncipe Napoleon con un caballo blanco; á la portezuela de la izquierda, S. A. R. el príncipe Alberto y S. A. el príncipe de Baviera.

Detrás de SS. MM. y los príncipes se veian los mariscales Magnan, Baraguey-d'Hilliers y Vaillant, y muchos generales, ayudantes de campo, oficiales extranjeros, turcos, ingleses, bávaros, sardos, en fin, de casi todas las naciones. También habia una docena de jefes árabes.

Detrás de esta brillante comitiva, cinco carruajes del Emperador llevaban personas de distinción.

El cortejo, después de haber atravesado el Campo de Marte desde el puente de Iena hasta la Escuela Militar, tomó la derecha para pasar entre la tercera y cuarta línea de infantería, y así se hizo la revista por la escasez del tiempo.

A cosa de las cinco y media el Emperador y su comitiva se fueron á situar delante del pabellon del Reloj para el desfile, y la Reina y la Emperatriz subieron al balcón que se les habia preparado.

Primero desfiló el batallon de Saint-Cyr, y sucesivamente todas las demás tropas de infantería, caballería y artillería.

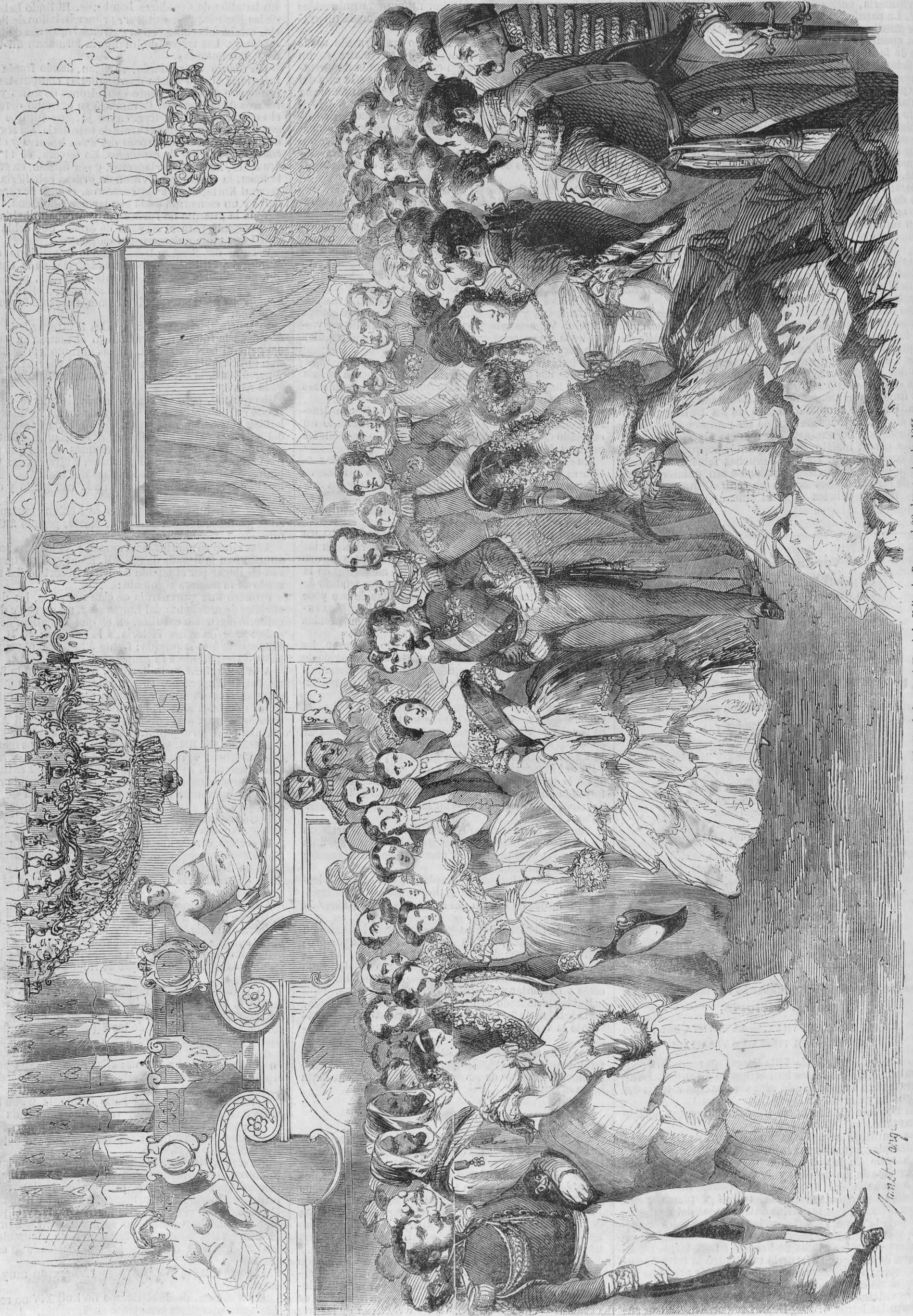
En la noche del 23 hubo una fiesta mágica en el palacio y el bosque de Versalles. La principal decoración de la terraza no se componia de menos de 150,000 vasos de color. La galería de los Espejos, el teatro de la Opera y los aposentos de los reyes estaban iluminados con 8,000 bugias. A las nueve hubo fuegos artificiales en el estanque de los Suizos; á las diez y media principió el baile, y á las doce estaba servido un espléndido banquete de cuarenta mesas en la sala del teatro.

El Emperador rompió el baile dando la mano á la reina de Inglaterra; la Emperatriz fué conducida por el príncipe Alberto; la princesa real de Inglaterra por el príncipe Napoleon, y la princesa Matilde por el príncipe Adalberto de Baviera.

En otra contradanza la Reina bailó con el príncipe Napoleon, el Emperador con la duquesa de Alba, el príncipe de Baviera con la princesa de Inglaterra, el príncipe Alberto con la princesa Matilde. La Reina bailó también con el príncipe de Reuss-Graetz, y el príncipe de Gales ha valsado con su hermana. La Reina y la Emperatriz estaban espléndidas de diamantes y vestian un traje de fondo blanco recamado de oro y plata.

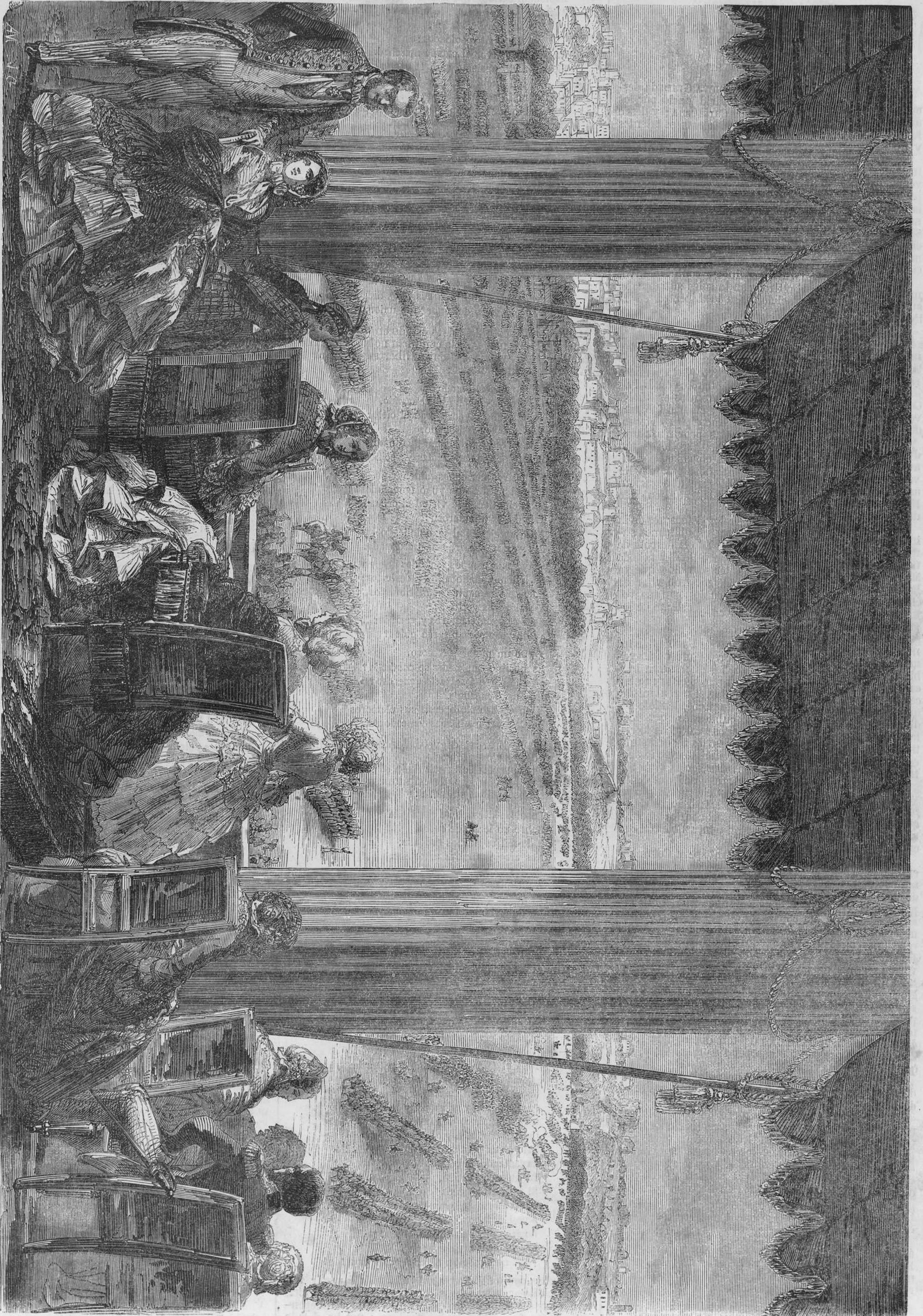
Los convidados ingleses y españoles eran muy numerosos.

En resumen, desde el tiempo de Luis XIV no se habia visto una fiesta semejante en Versalles.



La reina de Inglaterra en el baile dado en el Hotel de Villa de Paris, el 23 de agosto de 1855.

Janet Lang.



La reina de Inglaterra en el balcón de la Escuela Militar, durante la revista del 24 de agosto de 1855.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

JOSÉ FERNÁNDEZ MADRID.

Entre los primeros poetas de la Nueva Granada descuella este distinguido sugeto. Madrid nació por los años de 1784 en la noble ciudad de Cartagena; y desde los primeros años de su vida exhibió hermosos talentos y una grande afición por la poesía.

No eran aquellos tiempos los mas á propósito para instruirse: los americanos no tenían ni liceos, ni universidades, y casi ni aun colegios. La América, por otra parte, estaba secuestrada del comercio del mundo, y la civilización del viejo continente no alcanzaba á penetrar al través de las macizas cordilleras de los Andes. Sin embargo, el genio suplía al estudio, y por intuición se sabía lo que no podía aprenderse por falta de maestros. Madrid rebosaba en genio y ardía en sed de ciencia.

Era Madrid de un carácter dulce, contemplativo, melancólico; amaba el retiro, y en la soledad tributaba su culto á Dios en el cielo, y á la Libertad en la tierra.

Apesar de su amor al retiro y á la paz de sus hogares, su culto por la libertad le lanzó en la lucha de la independencia. Desde 1810 sirvió Madrid á su patria, y asociado á ciudadanos tan ilustres como Pombo, Torices, Toledo, Granados, etc., hizo parte de la primera junta patriótica que se reunió en la heroica ciudad de Cartagena. — El año de 1814 intentaron los españoles volverse á apoderar de esta ciudad, y Madrid fué uno de los que mas eficazmente trabajaron en su defensa.

Elegido diputado al Congreso de las provincias unidas de Nueva Granada y Venezuela, descolló en tan augusta corporación por sus miras elevadas, por sus vastos conocimientos y por su hermosa palabra. En aquella época de patriotismo y verdadera abnegación, Madrid se consagró con austera vigilancia al cuidado de los intereses públicos.

El año de 1816 corrió fatal para los defensores de la independencia patria. Los ejércitos republicanos sufrieron mil reveses, y entre ellos el de la derrota de Cachirí. Todo se creía perdido. La clara inteligencia de Madrid, su virtud y los importantes servicios que ya habia prestado á la causa nacional, hicieron fijar en él las miradas de los patriotas, los cuales, con sus votos, lo elevaron á la alta dignidad de presidente de las provincias unidas.

La buena voluntad, el mas acrisolado civismo, los mas heroicos esfuerzos, no fueron parte á remediar los males de la República; otros mayores vinieron á agobiarla. Como sucedió en tales casos, los que sufren buscan la causa del mal donde ménos puede estar: se hacen injustos en su desgracia, é imputan el mal al mismo que ha tratado de conjurarlo, y que no habiéndolo podido, es víctima tambien. Los republicanos, que todo lo esperaban de Madrid, no haciéndose cargo de lo crítico de las circunstancias, de lo escaso de recursos que estaba el país, de la division que reinaba entre los patriotas: echaron la culpa de sus desgracias al distinguido ciudadano que habian elegido de presidente; y hubo quienes llevaron su injusticia hasta querer manchar con la infame nota de deslealtad á uno de los caracteres mas bellos é intachables del continente americano. El tiempo ha comprobado la injusticia con que entonces se juzgó á Madrid.

En aquellos tiempos de luto y llanto para Colombia, en que el sanguinario Morillo hizo rodar la cabeza de tantos ilustres varones, Madrid pudo escapar á la saña de sus perseguidores, y fué remitido á España; pero por sus enfermedades, y por algunas influencias que en su favor obraron, consiguió que lo dejaran permanecer en la ciudad de la Habana. En esta ciudad trabó relaciones con él el hoy afamado bardo venezolano, señor José A. Maitín, el cual debió al poeta granadino el favor de ser iniciado en el culto de las Musas.

Al fin lucieron mejores dias para Colombia, y esta gloriosa República nombró á Madrid para que la representara en Lóndres con el carácter de ministro plenipotenciario. En su calidad de tal, se relacionó con cuanto allí habia de mas lucido en política y literatura; y en los mas célebres círculos de tan distinguida sociedad fué siempre considerado por sus talentos, y, mas que todo, por sus virtudes.

Estaba decretado que Madrid no volviese á ver el sol de su patria, y murió en las orillas del Támesis el año de 1830.

Madrid escribió un gran número de poesías líricas; muchas de ellas fueron compuestas en medio de las espesas montañas de la Nueva Granada, á donde se refugiaba huyendo del furor de los realistas. Tambien fué autor de varios escritos políticos, y de dos tragedias: *el Guatimozin* y *la Atala*. Madrid publicó su colección de poesías en Lóndres en 1828; su libro ha gozado de grande estima en los países de la América española. Los señores Bello y García del Rio han tributado justos elogios al autor de las « Diez Rosas. »

Vamos ya á recorrer el libro de poesías de Madrid, y á copiar algunas de sus estrofas. En una canción á Bolívar, el bardo inspirado por el mas ardiente patriotismo, excita el entusiasmo de los hijos de Colombia, dirigiéndoles los versos siguientes:

Desnuda la espada, Colombia nos llama:
Amigos, el canto de guerra entonad:

Espléndido triunfo promete la fama,
Al fuerte, al constante; la oferta aceptad.

Seguid denodados,
Constantes soldados;

En pos de Bolívar al campo marchad.
Sí, larga y sangrienta será la carrera:

Mil pueblos talados
Serán por la espada del conquistador.
¿Qué importa? ¿qué importa? Si al fin os espera
Hermosa corona de eterno verdor.

¿Aun hay opresores? Pichincha indignado
Arroja torrentes de fuego y furor:
Del gran Chimborazo, que horrendo ha bramado.
Se lanza y eleva triunfante el Condor.

Venid, Colombianos,
Que aun quedan tiranos,
Aun brilla la espada del Libertador.
Del hondo sepulcro sacando gozosos
Las frentes, orladas del rojo cordón,
Los Incas peruanos
Saludan tres veces al gran campeón!
Y al ver que están libres sus hijos dichosos,
Entonan el himno de amor y de unión.

Hablando el poeta del triste estado en que yacía Venezuela esclavizada, y de la conducta noble de los neo-granadinos que volaron á darla libertad, saca de su lira estas bellísimas notas:

Al ver su fértil suelo
En sangre de sus hijos anegado,
Venezuela venganza pide al cielo;
Y con rostro indignado,
« Socorrednos, exclama, granadinos,
Vengadnos, compatriotas y vecinos! »

« Vuestros hermanos gimen
Bajo el peso de un yugo ignominioso:
El cuello tiende la virtud al crimen
Triunfante y poderoso:
Ni á la vejez ni al sexo delicado
El feroz Monteverde ha perdonado.

» Ay! mis campos fecundos
Se hallan abandonados y desiertos;
Solo se ven cautivos, moribundos,
Y cadáveres yertos;
Solo se oyen clamores y gemidos...
¿Y de vosotros no serán oídos?

» ¿De un pueblo virtuoso,
Es posible que nadie se conduela?
¿Nadie corre á salvarle generoso? »
Dijo así Venezuela,
Y en el instante oyeron sus clamores
De Calamar los héroes vencedores.

El epitafio á Girardot es verdaderamente sublime; sentimos no poderlo publicar.

En la bella composición intitulada *el Deleite*, el poeta descubre facilidad en las descripciones y gracia en la forma: así nos pinta á su diosa:

La diosa del deleite reclinada
Sobre un lecho de rosas,
Y de mil cupidillos rodeada,
Nos arroja miradas amorosas.
En sus ojos hermosos
A un mismo tiempo veo
El pudor y el deseo,
Ya dulce languidez, ya fuego ardiente.
Agora cariñosa,
Agora desdenosa,
En torno los revuelve blandamente.
¡Qué actitud! ¡qué dulzura!
¡Qué gracia! ¡qué ternura!
¡Cómo le ondea por el blanco cuello
El oro del cabello!
Su guirnalda de flores
¡Cuánto perfume delicioso exhala!
¡Qué suaves olores!
Toda el Asia en aromas no le iguala.
¡Cómo juegan con ella los amores!
Uno cubre con su ala
Sus hechizos y encantos seductores:
Otro las hebras de su pelo enreda:
Con mas astucia y arte
Este á sus piés se acerca, y al descuido
Levantando la seda
De su rico vestido,
El alabastro queda
Descubierto en gran parte:
Aquel, ménos mirado,
Le introduce en el seno á manos llenas
Las blancas azucenas:
¡Qué no puede un amor cuando es osado!

El autor, como dijimos, se vió obligado á vagar por las montañas con su esposa, á consecuencia de las vicisitudes políticas de su país en la guerra de la independencia. En su « Rosa de la Montaña » nos ha dejado

recuerdos de sus meritorios padecimientos; principalmente en los siguientes versos:

¡Bosques de Barragan y del Quindío,
Montañas majestuosas!
¡Cuántas, cuántas memorias dolorosas
Vuestra imágen presenta al pecho mio!
Eternas soledades silenciosas,
Solamente habitadas
De sierpes venenosas
Y fieras contra el hombre conjuradas;
Vosotras me abrigabais algun dia
Del furor de una horrible tiranía.

¡Cuánto amor y delicadeza no hay en las estrofas siguientes á su esposa, en la poesía titulada: *El dia de Amira!*

Blanca, rubia y mas hermosa
Que la madre del amor,
Hoy naciste, tierna esposa,
En un valle de dolor.

Así brota en roca dura,
Y en estéril pedernal,
De agua dulce, fresca y pura
Cristalino manantial.

En el árido camino
De mi vida procelosa,
Te encontré ¡feliz destino!
Te cogí, cándida rosa.

Te ví, Amira, y fuí sensible,
Te ví, Amira, y te adoré;
No es posible, no es posible
Que no te ame quien te ve.

Tú pagaste con ternura
La constancia de mi amor,
Y me hallé con tu hermosura
A un monarca superior.

Si tu gracia, gentileza
Y virtud son mi tesoro,
¿Qué me importan piedras ni oro,
Ni altos puestos, ni grandeza?

Cuantos bienes yo deseo
Los encuentro, Amira, en tí...
Llévate, ávido europeo,
Todo entero el potosí.

Al cantar una *Noche de Luna*, se lanza á místicas contemplaciones, y elevándose hasta Dios, dice así:

Bañando está con ópio la noche á todo el mundo
Que duerme sumergido en letargo profundo.
¿A quién no habla ahora terrible la conciencia?
¿Y quién ahora duda, Señor, de tu existencia?
Por estas soledades, yo te sigo, yo te veo.
Vén á escucharme y verle, vén, desgraciado ateo.
Esté vasto silencio religioso,
Estos callados montes lo aseguran,
El ruiseñor lo entona melodioso,
Plácidas esas aguas lo murmuran.
Y el estruendo distante del torrente,
Es la voz del Señor omnipotente.
¿Quién el órden mantiene, con que gira
La reina de las noches por el cielo?
¡Ves aquella ciudad!... allí suspira
La inocencia oprimida y sin consuelo.
Sí, la tierra y el cielo y nuestro pecho,
Todo nos habla del que todo lo ha hecho.

Madrid brilla por la elevación de sus pensamientos y por su fé religiosa en su poesía sobre la *Inmortalidad del alma*, así como campea por su delicadeza y ternura en sus cuartetos que llevan por título: *Mucho amor*; y se exhibe espiritual y chistoso en la sátira dirigida á su amigo Miralla. El autor fué bien feliz en su traducción del poema de Delille, « *Los tres reinos de la Naturaleza*. »

En fin, en obsequio del lector insertaremos cuatro composiciones enteras de Madrid. Los versos á la *Hamacá* son fáciles, armoniosos, llenos de sencillez y de exactitud descriptiva. Esta es una poesía de sabor verdaderamente americano. Las otras tres piezas, cada una de género diverso, comprueban el mérito relevante del poeta neo-granadino.

Hélas aquí:

LA MALVA-ROSA.

Imágen de las ninfas de la Habana
Nace la Malva-rosa,
Blanca como la nieve de mañana:
El sol la hiere activo,
Y la cándida flor, artificiosa,
Se va cubriendo de un rosado vivo.
Cuando este astro termina su carrera,
Suele desconocer en Occidente
A la que vió nacer desde su Oriente.
¡O mi dulce Habanera!
Tú mudas de colores

De la propia manera :
 Tú sabes preparar en un instante
 Las diferentes flores,
 Que pintan y matizan tu semblante.
 ¡Mi Laura, tan discreta!
 ¡Mi Laura, tan graciosa y elegante!
 ¡Oh! deja ese capricho extravagante,
 Recibe los consejos de un poeta,
 (Puedo también decirlo) y de un amante.
 Si tienen tus mejillas
 Suave, tierno y grato sonrosado,
 ¿Cómo prefieres, pues, el encarnado
 Que dan esas pérfidas cartillas?
 Si para conquistar los corazones,
 Pródiga te dotó naturaleza
 De tantas celestiales perfecciones;
 Si te dió la belleza entre sus dones,
 Y la gracia, que es más que la belleza;
 ¿Porqué la desfiguras
 Con supuestos colores?
 ¿Ay mi Laura! no gustan de pinturas
 Ni los simples Amores,
 Ni las Gracias sencillas y más puras.
 — No más, no más colores, Laura amada,
 Que pierdes la salud. — *No importa nada :*
 — Que pierdes la hermosura. — *Ni por eso.*
 — Pues huirá de tu boca el dulce beso.
 — ¿Qué dices? ¿Es posible lo que escucho?
 — Sí, mi Laura, posible, mucho, mucho.

En tu boca graciosa,
 Sobre tus labios frescos y olorosos
 Es donde hallan los besos amorosos
 El color y el perfume de la rosa;
 Mas huyen asustados
 De unos labios que están embarnizados.
 Si guardaran medida por lo ménos;
 Si con más tino y gusto... Pero al modo
 Que su licor aumenta cada día,
 Y el bebedor lo toma á vasos llenos,
 Hasta que está beodo;
 Así abusan del *rus y cascarilla*,
 Y su furor no para
 Hasta que al fin en fea mascarilla
 Se convierte su cara.
 Recibe, Laura, mis consejos sabios :
 A fuerza de pintura
 No quites á tus labios
 Su delicado aroma y su dulzura.
 Deja esos artificios
 A la desenvoltura
 De la vil cortesana,
 Que ha estudiado en la escuela de los vicios.

¡O ninfas de la Habana!
 La Malva-rosa, usando los colores
 Con que brilla la reina de las flores,
 No se pone por eso más hermosa :
 Siempre la Malva-rosa es Malva-rosa.

POBRE DE MÍ.

Pues que mañana
 Me he de morir,
 Lindas muchachas,
 Venid, venid.
 Flores amables
 Que ofrece Abril,
 Pásase el tiempo,
 ¡Pobre de mí!

Más privaciones
 No he de sufrir :
 Médicos, léjos;
 Dejarme así.
 Los pocos días.
 Que he de vivir,
 Si no los gozo,
 Pobre de mí!

¿Ver de mi sangre
 Quereis el fin?
 ¿Quién con solo agua
 Podrá existir?
 Dieta y más dieta,
 Píldoras mil,
 Vino, ni verlo!
 Pobre de mí!

¿Quereis que viva
 Vuestro Madrid?
 Mi Amira y Juana
 Llegad aquí :
 Vuestras caricias
 Me harán vivir :
 De otra manera,
 Pobre de mí!

Mi ardiente pecho
 Siento latir,
 ¡Qué nueva vida
 Me haceis feliz!
 De vuestros senos
 Parte un sutil,
 Vital aliento,
 Pobre de mí!

Más, si la muerte
 Logra extinguir
 Fuego tan vivo;
 Venid, venid,
 Que en vuestros brazos
 Quiero morir :
 Cerrad mis ojos :
 Pobre de mí!

LA HAMACA.

No canto los primores
 Que otros poetas cantan,
 Ni cosas que eran viejas
 En tiempo del rey Vamba :
 Si el Alba llora perlas,
 Si la Aurora es rosada,
 Si murmura el arroyo,
 Si el lago duerme y calla.
 ¡Salud, salud dos veces
 Al que inventó la Hamaca!

¿Qué me importan los cetros
 De los grandes monarcas,
 De los conquistadores
 Las sangrientas espadas?
 Me asusto cuando escucho
 La trompa de la fama,
 Y prefiero la oliva
 Al laurel y las palmas.
 ¡Salud, salud dos veces
 Al que inventó la Hamaca!

Al modo que en sus nidos,
 Que cuelgan de las ramas,
 Las tiernas avecillas
 Se mecen y balanizan;
 Con movimiento blando,
 En apacible calma, —
 Así yo voy y vengo
 Sobre mi dulce hamaca.
 ¡Salud, salud dos veces
 Al que inventó la Hamaca!

Suspendida entre puertas,
 En medio de la sala,
 ¡Qué cama tan suave,
 Tan fresca y regalada!
 Cuando el sol con sus rayos
 Ardientes nos abrasa,
 ¿De qué sirven las plumas
 Ni las mullidas camas!
 ¡Salud, salud dos veces
 Al que inventó la Hamaca!

Meciéndome en el aire,
 Sobre mi cuerpo pasa
 La brisa del Oriente
 Que me refresca el alma :
 De aquí descubro el campo,
 La bóveda azulada,
 Y la ciudad inquieta,
 Y el mar que fiero brama.
 ¡Salud, salud dos veces
 Al que inventó la Hamaca!

A nadie tengo envidia;
 Como un sultán del Asia,
 Reposo blandamente,
 Tendido aquí á mis anchas :
 Es verdad que soy pobre,
 Mas con poco me basta ;
 Mi mesa no es muy rica,
 Pero es buena mi gana.
 ¡Salud, salud dos veces
 Al que inventó la Hamaca!

Los primeros, sin duda,
 Que inventaron la hamaca,
 Fueron los indios, gente
 Dulce, benigna y mansa :
 La hamaca agradecida
 Consuela sus desgracias,
 Los recibe en su seno,
 Los duerme y los halaga.
 ¡Salud, salud dos veces
 Al que inventó la Hamaca!

Pobres los descendientes
 Del grande Huayna-Câpac,

Y de los opulentos
 Monarcas del Anáhuac,
 Hoy miserables gimen,
 Todo, todo les falta,
 Y solo un bien les queda, —
 Su pureza y su hamaca.
 ¡Salud, salud dos veces
 Al que inventó la Hamaca!

Hace muy bien el indio
 Que, en su choza de paja,
 De sus ávidos amos
 Engaña la esperanza :
 Para que estos no cojan
 El fondo de sus ansias,
 En su hamaca tendido,
 Se ocupa en no hacer nada.
 ¡Salud, salud dos veces
 Al que inventó la Hamaca!

Mi hamaca es un tesoro,
 Es mi mejor alhaja ;
 A la ciudad, al campo
 Ella siempre me acompaña.
 ¡O prodigio de industria!
 Cuando no encuentro casa,
 La cuelgo de los troncos,
 Y allí está mi posada.
 ¡Salud, salud dos veces
 Al que inventó la Hamaca!

Sí, venga el ciudadano,
 Que dos mil pesos gasta
 En ricas colgaduras
 Para vestir su cama :
 Venga, venga y envidie
 Mi magnífica hamaca,
 Mas cómoda y vistosa,
 Sin que me cueste nada.
 ¡Salud, salud dos veces
 Al que inventó la Hamaca!

Las copas elegantes
 De las ceibas y palmas,
 Son las verdes cortinas
 Que mi hamaca engalanan :
 Pintados pajarillos
 De rama en rama saltan,
 Y en trinos acordados
 Amor, amor me cantan.
 ¡Salud, salud dos veces
 Al que inventó la Hamaca!

Vén! que los dos cabemos,
 Amira idolatrada ;
 Sobre mi pecho ardiente
 Pone tu mano blanca.
 ¿No sientes cuál me late?
 ¿No sientes cuál me abrasa?
 ¡O Amira encantadora!
 ¡O sonrisa! ¡O palabras!
 ¡Salud, salud dos veces
 Al que inventó la Hamaca!

NAPOLEON EN SANTA ELENA.

« ¿Dónde estoy? ¿Qué es de mí! Yo que podía
 Ser el libertador del mundo entero,
 Mísero y degradado prisionero
 Entre estas rocas?... mas la culpa es mía.

Quando el pueblo mi espada defendía,
 Fuí de todos los héroes el primero :
 ¡Con qué orgullo la Francia á su guerrero
 De laurel inmortel la sien ceñía!

Hoy! sin gloria, en destierro ignominioso,
 Al sepulcro descende el soberano
 A quien veinte monarcas se abatieron! »

Dijo, cruzó los brazos silencioso,
 Y los ojos del fuerte veterano
 De dolor una vez se humedecieron.

La naturaleza de este periódico nos ha impedido entrar en otros detalles de la vida de Madrid, principalmente en lo que se refiere á sus actos en 1816. Estos pequeños trabajos biográficos aparecerán más tarde bajo otra forma; y entonces, teniendo más libertad para escribir y más espacio de que disponer, podremos desarrollar lo que ahora apenas enunciamos. Para entonces esperamos también haber obtenido el bellissimo escrito que el señor García del Río publicó sobre su amigo y compatriota Madrid, poco después de que este murió. Bien hubiéramos querido hacer algunas inserciones de dicho trabajo en este somero artículo.

Paris, Agosto 1855. J. M. TORRES CAICEDO.



Entrada de SS. MM. Reales é Imperiales en la galería de los Espejos del palacio de Versailles, el 25 de agosto de 1855.

Nuevo contingente de reclutas para la Crimea.

De Lyon escriben lo siguiente:

« Los envíos de tropas á la Crimea se prosiguen desde hace algun tiempo casi con tanta actividad como al principio de la guerra; solamente que ahora se mandan soldados muy jóvenes, imberbes en su mayor parte, y que apenas parecen formados para las fatigas y ejercicios propios del arte militar. Todo el día, y aun podría decir toda la noche, atraviesan nuestra ciudad por destacamentos de 500 á 2,000 hombres. Y nada digo del número verdaderamente incalculable de proyectiles y máquinas de guerra que los acompañan, como obuses, piezas de sitio, y morteros de todos calibres. Estos nuevos sacrificios impuestos á la Francia por las circunstancias actuales, me parecen dignos de llamar la atención, y he creído no sería inútil consagrar su recuerdo en esa historia ilustrada que Vds. publican sobre la guerra de Oriente.

» De Vds., etc.

» A. S. »

ELVIRA Y LUISA.

(Continuación.)

Pero á pesar de esas rabias que me dañaban el corazón, celebro muchísimo haber ido y haberte encontrado hecha una madre tan hermosa y fecunda, y amiga mía, aun en medio de tus goces maternales como yo lo soy tuya en medio de mis amores. Mira aquí en Marsella, á tan poca distancia de vosotros, ya me siento orgullosa con la amistad de esa buena madre de familia que serás en el mundo. ¡ Con cuánta sensatez adivinabas tu vocación! pues te creo nacida mas para madre que para amante, como yo he nacido para el amor, mas que para ser madre. Hay mujeres que no pueden ser ni madres ni amantes, porque son muy feas ó muy necias: una buena madre y una esposa amante deben estar dotadas de mucho juicio, de mucho entendimiento y deben saber desplegar á cada instante las cualidades mas exquisitas que Dios ha dado á las mujeres. Sí, tus hijos serán muy dichosos y se encontrarán bien

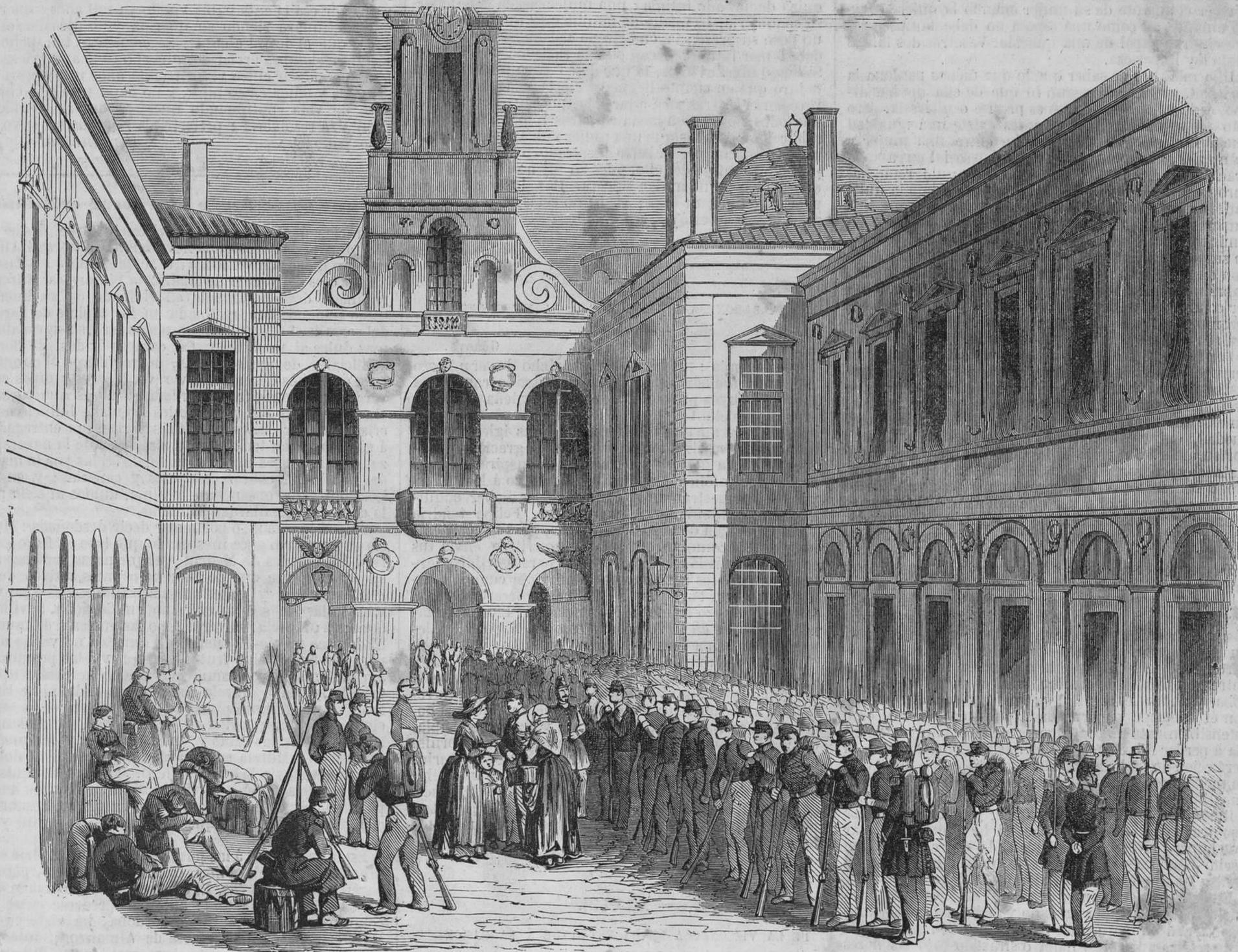
educados; serán bañados en las efusiones de tu ternura y acariciados por los resplandores de tu alma.

Puedes decir la verdad á tu marido sobre mi marcha; pero trata de disimularla con honrosos pretextos á los ojos de tu padre político que parece ser vuestro mayor-domo, y sobre todo á los ojos de tu familia, una verdadera familia Harlowe, con mas la gracia francesa.

Felipe no sabe todavía porqué dejamos tu casa, ni lo sabrá jamás, y si me lo pregunta ya inventaré un pretexto; probablemente le diré que estabas celosa de mí: perdóname esta mentira officiosa.

¡ Adios! te escribo rápidamente, á fin de que tengas esta carta á la hora de tu almuerzo, y el postillon que te la ha de llevar la espera echando un trago.

Muchos besos á mi querido ahijado. Vén á Chantepleurs en octubre, pues estaré allí sola durante todo el tiempo que Macumer quiere pasar en la Cerdeña donde se propone hacer grandes cambios en sus dominios. Al ménos tal es su proyecto ahora, pues toda su fatuidad consiste en tener siempre algun proyecto; así se cree independiente, y el caso es que al comunicármele siempre tiembla. Adios.



Revista pasada en el patio del Hotel de Villa de Lyon á los reclutas enviados á la Crimea.

XXXVI.

DE LA VIZCONDESA DE LA ESTORADE Á LA BARONESA DE MACUMER.

Querida mia: grande fué nuestra sorpresa cuando á la hora del almuerzo nos dijeron que os habiais marchado, y sobre todo cuando el postillon que os habia llevado á Marsella me entregó tu carta insensata. Y todo por mis conversaciones al pié de la roca sobre el banco de Luisa, conversaciones en que se trataba de tu felicidad. ¡ Ingrata! te condeno á volver aquí la primera vez que te llame. En esa odiosa carta de posada no me dices adonde te diriges, de modo que tengo que enviar mi respuesta á Chantepleurs.

Oyeme bien, mi querida hermana, y ante todo ten entendido que quiero verte dichosa. Tu marido, Luisa mia, tiene una profundidad de alma y de pensamiento que impone tanto como su gravedad natural y su aspecto noble; luego hay en su fealdad expresiva, en su

honda mirada un poder verdaderamente majestuoso, de modo que me ha sido preciso algun tiempo antes de establecer esa familiaridad sin la cual no hay posibilidad de observarse bien á fondo. En fin, ese hombre ha sido primer ministro y te adora como adora á Dios, por consecuencia debia disimular profundamente, y para ir á pescar secretos en el fondo de ese diplomático, bajo las rocas de su corazón, tenia yo que desplegar tanta habilidad como astucia; pero sin que el hombre lo sospeche, concluí por descubrir varias cosillas que por cierto estaba muy lejos de esperarme.

Entre ambas, Luisa mia, yo represento un poco la razon, como tú representas la imaginacion: yo soy el deber impávido, como tú eres el amor loco. Ese contraste que solo existia para nosotras dos, la suerte ha querido continuarle en nuestros destinos. Yo soy una humilde vizcondesa campesina excesivamente ambiciosa que debe conducir á su familia por una via de prosperidad, en tanto que el mundo todo saluda á Macumer como ex-duque de Soria, y que tú duquesa de derecho, reinas sobre ese Paris donde es tan difícil rei-

nar hasta para los reyes. Tu posees una hermosa fortuna que Macumer hará ascender al doble, si realiza sus proyectos de explotacion en sus inmensos dominios de Cerdeña, cuyos recursos son bien conocidos en Marsella. Confieso que si una de nosotras dos debiera estar celosa, este papel le tocara á Elvira. Pero, gracias á Dios, ambas tenemos un corazón bastante elevado para que nuestra amistad permanezca al abrigo de esas pequenezas vulgares. Te conozco, y creo muy bien que te avergüenzas de haberme abandonado. Pero á pesar de tu fuga no dejaré de comunicarte una sola de las palabras que hoy mismo pensaba decirte bajo la roca. Te suplico que leas con atención estos renglones, pues se trata de ti mas que de Macumer, aunque este entre por mucho en mi filípica.

Principiaré por decirte que no le amas, y que antes de dos años estarás cansada de una adoracion semejante. Nunca tendrás á Felipe por un marido, sino por un amante de quien te burlarás sin el menor cuidado, como hacen todas las mujeres con sus amantes. No, Felipe no te infunde respeto, ni tampoco esa ternura te-

merosa que una verdadera amante tiene por el hombre que es su ídolo. ¡Oh! mis estudios sobre el amor son muy profundos, ángel mio, y mas de una vez he lanzado la sonda en los abismos de mi corazón. Después de haber examinado bien puedo decirte con seguridad: No estás enamorada.

Sí, querida reina de París, lo mismo que las reinas, desearás un día que te traten como á una mujer cualquiera, desearás verte dominada, arrastrada por un hombre fuerte que en vez de adorarte dejará doloridos tus brazos cuando ponga sus manos en ellos en medio de una escena de celos. Macumer te ama demasiado para que nunca pueda ni reñirte ni resistir á tus voluntades. Una sola de tus miradas, una sola de tus palabras zalameras destruye el mayor de sus deseos: tarde ó temprano le despreciarás porque te ama demasiado. ¡Ay! te tiene tan mimada como cuando estábamos en el convento, pues eres una de las mujeres mas seductoras que pueden verse en el mundo. Sobre todo eres franca y verídica, y á menudo por nuestro propio interés, la sociedad exige mentiras á las cuales no desenderás nunca. Verbigracia, la sociedad exige que una mujer no deje traslucir el imperio que ejerce sobre su marido: socialmente hablando, un marido no debe parecer el amante de su mujer cuando la quiere como un amante, así como una esposa no debe tampoco representar el papel de una querida. Vosotros dos falláis á esta ley imperiosa.

Hija mia, has de saber que lo que menos perdona la sociedad, juzgándola segun lo que de ella me has dicho, es la felicidad; por eso es preciso ocultársela, pero esto no es nada. Entre amantes existe una igualdad que á mi juicio no debe aparecer entre una mujer y su marido, bajo pena de un trastorno social cuyas desgracias son incalculables. Un hombre nulo repugna, pero es mil veces peor un hombre reducido á la nulidad. Dentro de cierto tiempo habrás logrado que Macumer no sea mas que la sombra de un hombre; no tendrá ya su voluntad, su personalidad estará perdida, en suma, será una cosa acomodada á tu uso; la absorcion en tí será tan completa, que en vez de dos solo habrá un personaje en vuestro hogar doméstico, y un sér con tales condiciones necesariamente habrá de ser incompleto; ya lo sentirás bien, pero el mal no tendrá remedio cuando te hayas dignado abrir los ojos.

Por mas que nosotras hagamos, querida mia, nunca nuestro sexo se hallará dotado de las cualidades que distinguen al hombre, y esas cualidades son mas que necesarias, son hasta indispensables para la familia. En este momento mismo Macumer, á pesar de su ceguera, entrevé ese porvenir y se siente disminuido por su amor. Su viaje á la Cerdeña me prueba que trata de recobrar un poco de su imperio sobre sí mismo, á beneficio de esta separacion momentánea. Tú no vacilas en ejercer el poder que te entrega el amor; se descubre tu autoridad en un ademan, en la mirada, en el acento. Eres una cortesana loca, como tu madre te decía.

Supongo que abundas en la opinion de que yo soy muy superior á Luis; ¿pero me has visto alguna vez contradecirle? ¿No soy en público una mujer que le respeta como al jefe de la familia? Hipocresía, me dirás, enhorabuena; pero te responderé en primer lugar, que los consejos que se me figura debo darle, mis advertencias, mis ideas, mis opiniones, todo esto pasa entre nosotros en la sombra y en el silencio de la alcoba, y ahora te añadiré que ni entonces afecto para con él ninguna superioridad, pues en secreto como ostensiblemente no continuaria siendo su mujer, llegaría á perder la creencia en sí mismo. Querida mia, la perfeccion de la beneficencia consiste en el disimulo, de modo que el agraciado no se crea inferior al que le hace bien, y esta abnegacion oculta tiene dulzuras infinitas. Por eso quise engañarme, y luego tú me has lisonjeado con respecto á Luis, si bien debo confesar que la prosperidad, la felicidad, la esperanza le han hecho recobrar en dos años lo que le habian hecho perder las miserias, el abandono y la desgracia.

En este momento pues, segun mi observacion, juzgo que amas á Felipe por egoismo y nada mas, y hay mucha verdad en lo que dice tu padre, que tu egoismo de gran señora apenas se halla disfrazado bajo las flores de la primavera de tu amor. Hija mia, mucho es preciso amarte para decirte verdades tan crueles. Permíteme que te comunique, bajo la condicion de que jamás llegue á saberlo Macumer, el fin de una de mis conversaciones. — Hemos cantado tus alabanzas sobre todos los tonos, pues pronto llegó á notar que yo te quiero como á una hermana á quien se ama, cuando logré llevarle al terreno de las confianzas sin que él lo sospechara.

— Luisa, le dije, no ha luchado todavía con la vida; la suerte la ha tratado siempre como á una niña mimada, y quizá sería muy infeliz si no supierais ser para ella un padre, como sois un amante.

— ¿Y puedo serlo? exclamó, pero se contuvo como un hombre que ve el precipicio en que va á despeñarse. Esto me bastó; si no te hubieras marchado, dentro de algunos dias habria estado mas explicito.

Ángel mio, cuando ese hombre se halle sin fuerzas, cuando haya encontrado la saciedad en el placer, cuando se sienta, no diré envilecido, pero sin dignidad delante de tí, las reconvencciones de su conciencia le darán como un remordimiento terrible para tí, pues conocerá que eres culpable. En suma, acabarás por despreciar al hombre que jamás te infundió respeto. Piensa bien en esta circunstancia; el desprecio en la mujer es la primera forma que toma su aborrecimiento. Como

eres noble de corazón, te acordarás siempre de los sacrificios que Felipe te haya hecho, pero un día no hará ninguno mas, despues de haberse como servido él mismo en ese primer festin, y ¡ay del hombre y de la mujer que ya nada desean! todo está concluido. Para nuestra vergüenza ó nuestra gloria no podria yo decidir este punto delicado: nosotras no somos exigentes sino con el hombre que nos ama.

Lusia mia, cambia de conducta, todavía es tiempo para ello. Conduciéndote con Macumer como yo me conduzcó con mi marido, puedes dar otra vida á ese hombre verdaderamente superior. ¿No tendrías orgullo en ejercer tu poder de otro modo que en tu beneficio, de hacer un hombre de genio de un grande hombre, como yo hago un hombre superior de un hombre ordinario?

Aun cuando hubieras permanecido aquí te habria escrito esta carta, pues hubiese temido tu petulancia y tu talento en una conversacion, en tanto que sé muy bien que reflexionas en tu porvenir leyendo mis cartas. Querida mia, todo lo tienes en tu favor para ser dichosa; no comprometas tu felicidad y vuélvete á París en noviembre. Las distracciones sociales de que yo me quejaba son muy necesarias para vuestra existencia quizá demasiado íntima: una mujer casada debe tener su coquetería. La madre de familia que no deja desear un poco su presencia en el seno del hogar doméstico, debe temer introducir con ella la saciedad y el hastío. Si tengo muchos hijos, lo que deseo para mi felicidad, te juro que en cuanto lleguen á cierta edad, me reservaré horas enteras para estar sola, pues juzgo prudente que todos nos deseen hasta nuestros hijos. Adios, querida celosa; ¿sabes que una mujer vulgar se mostraria muy satisfecha por haberte inspirado los tales celos? ¡Ay! yo me aflijo del ello, pues en mí no hay mas que una madre y una amiga sincera. Haz lo que quieras para disculpar tu fuga; si tú no estás segura de tu marido, yo lo estoy del mio.

XXXVII.

DE LA BARONESA DE MACUMER Á LA VIZCONDESA DE LA ESTORADE.

Génova.

Querida mia: me ha dado el capricho de ver un poco la Italia, y me felicito de haber arrastrado conmigo á Macumer cuyos proyectos sobre la Cerdeña se dejan para mas adelante.

Esta tierra me gusta infinito. Aquí las iglesias y sobre todo las capillas tienen un aspecto gracioso y alegre que á una mujer protestante debe inspirarle deseos de hacerse católica. Han festejado mucho á Macumer, y todos se muestran muy contentos por haber adquirido semejante súbdito. Si yo quisiera, Felipe tendria ya la embajada de Cerdeña en París, pues la córte está muy afable conmigo. Cuando me escribas, envia tus cartas á Florencia. No tengo tiempo para escribirte largo, te contaré los pormenores de mi viaje cuando estemos juntas en París. Aquí solo permaneceremos una semana, y luego iremos á Florencia por Liorna, estaremos un mes en la Toscana y otro en Nápoles, y llegaremos á Roma en noviembre. Pensamos volver por Venecia donde nos detendremos la primera quincena de diciembre, y llegaremos á París en enero, pasando por Milan y Turin. Viajamos como amantes; la novedad de los sitios renueva continuamente nuestras bodas. Macumer no conocia la Italia, y hemos principiado por admirar ese magnífico camino de la Cornisa que parece construido por las hadas. Adios, querida mia. No te incomodes si no te escribo; me es imposible disponer de un momento cuando estoy en viaje; solo hallo tiempo para ver, sentir y devorar mis impresiones, pero para hablarte de ellas esperaré á que hayan tomado el barniz del recuerdo.

XXXVIII.

DE LA VIZCONDESA DE LA ESTORADE Á LA BARONESA DE MACUMER.

Setiembre.

Amiga mia: tienes en Chantepleurs una larga respuesta á la carta que me has escrito de Marsella: ese viaje de amantes está tan lejos de disminuir los temores que en ella te manifestaba, que te suplico escribas á tu casa para que te la envíen.

Dicen que el ministerio ha resuelto la disolucion de la cámara. Si es una desgracia para la corona que debia prometerse en el último tiempo de esta legislatura tan adicta las leyes necesarias para la consolidacion del poder, tambien lo es para nosotros, pues Luis no cumplirá cuarenta años hasta fines de 1827. Por fortuna mi padre que consiente en que le nombren diputado, dará su dimision en tiempo oportuno.

Tu ahijado ha echado sus primeros dientes sin su madrina; cada dia está mas bonito, ya principia á darme esas muecas, esos ademanes graciosos que me dicen que no es solamente un órgano que mama, una vida brutal, sino que es un alma; sus sonrisas están llenas de pensamientos. Me hallo tan favorecida en mi oficio de nodriza que destetaré al niño en diciembre; un año de leche basta, los niños que maman demasiado se entontecen: esto dice el vulgo, y yo creo muchas veces lo que dice el vulgo. Grandes serán tus triunfos en Italia, hermosa rubia. Recibe mil afectos.

XXXIX.

DE LA BARONESA DE MACUMER Á LA VIZCONDESA DE LA ESTORADE.

Roma, diciembre.

Tengo en mi poder tu infame carta que, previa mi petición, me envió de Chantepleurs mi mayordomo. Elvira... no; quiero que ignores lo que mi indignacion podria sugerirme en este instante, y solo te contaré los efectos que han producido tus palabras. De vuelta de la fiesta magnífica que nos ha dado el embajador, donde he brillado yo con todo mi brillo, y de donde salió Macumer en un estado de embriaguez de mi persona que no podria pintarte, le leí tu horrible respuesta y se la leí llorando, á riesgo de parecerle fea. Mi querido Felipe cayó á mis piés diciéndome que chocheabas; luego me llevó al balcon del palacio en donde estamos, desde el que se descubre una parte de Roma, y allí su lenguaje fué digno de la escena que teniamos delante, pues hacia una luna clarísima. Como ya sabemos el italiano, su amor manifestado en esa lengua tan dulce, tan propia de la pasión, me pareció sublime. Dijome que aun cuando tú fueras profeta preferiria una noche feliz ó una de nuestras deliciosas mañanas á toda una vida. Por esa cuenta habia vivido ya mil años: queria que continuara siendo su querida y no deseaba otro título que el de mi amante. Se encuentra tan dichoso viéndose siempre preferido, que si Dios le apareciese y le diese á elegir entre vivir treinta años mas segun tu doctrina y tener cinco hijos, y no tener mas que cinco años de vida continuando nuestros amores floridos, pronto se resolveria: preferiria ser amado como yo le amo y morir. (Se continuará.)

Lo que se ve desde una torre cristiana.

Gracias á ese átomo de civilizacion que desde la alcantarilla de Atocha nos lleva en nueve horas á Albacete, en ménos de veinticuatro se presenta á los fastidiosos ojos del vecino de Madrid la pintoresca Murcia, reclinada desdeñosamente en el fondo de su huerta como una odalisca reclinada en los tapices de Persia del serrallo. La transicion no puede ser mas agradable, mas dulce al madrileño. De campos áridos, de flores artificiales, de aguas fétidas, de raquíticos horizontes pasa en ménos de un día á ver verdaderos campos con verdadera frondosidad, verdaderas flores que turban el sentido con sus penetrantes aromas, bulliciosas y cristalinas corrientes por todas partes, ora entregadas á sí mismas con toda la rotunda poesía de la naturaleza, ora, lo que es mas frecuente, dirigidas por la mano del hombre en cauces, acequias y cañerías; y en fin horizontes que ensanchan el alma, unidos al cielo por la copa de las gallardas palmeras.

Ciudad ignorada, ó por mejor decir desdeñada: Murcia es un nuevo goce inesperado que trae el ferro-carriil á las puertas de Madrid; porque pocas personas recuerdan que era uno de los centros mas activos de la gente morisca, y ya estamos acostumbrados á no ver maravillas de sus artes, sino en Córdoba, Sevilla y Granada; Murcia, es verdad, no las encierra de mucho ni de poco precio. El cuerno de Amaltea no vertia aquí para los árabes sino frutas y flores, y á las provincias agricultoras dieron como entendidas la preferencia; pero le queda á Murcia todavía ese indefinible tinte arábigo que ningún pincel reproduce; esa poesía en el cielo, esa voluptuosidad en el ambiente, esa melancólica alegría en las casas y en las calles; y le quedan sobre todo á Murcia sus huertanos y su huerta donde se pasea todavía la sombra de D. Jaime el Conquistador; donde se oyen todavía los lastimosos gritos de los pobres jardineros, que acaso por ganar un sombrero colorado arrancó el duque de Lerma de su jardin y de sus flores.

Estas emociones á las puertas mismas de Madrid sorprenden y deleitan mas, como hemos dicho, porque cogen mas de nuevas. El que va á Andalucía sabe que va á la Meca meridional; antes de perderse entre las columnas de la mezquita de Córdoba, ha visto ya relucir la vencedora cimitarra de Almanzor; antes de distinguir en el horizonte como una saeta, disparada al cielo el gallardo Giraldillo, ha leído los versículos del Alcoran estampados en el friso del Alcázar de Sevilla; y ántes, en fin, de ver las manchas de sangre de la marmórea pila, ha contado ya las cabezas de abencerrajes que cayeron en el patio de los leones de la Alhambra.

En Andalucía no sorprende nada; va el viajero preparado á las maravillas, mientras en el jardin que baña el Segura no esperamos ciertamente hallar tan vivo el espíritu de los hombres que lo sembraron. Como que las flores al atañer se convierten en hojas secas que se lleva el aire; y los palacios y los templos, y las cortes de los califas resisten al furor de los siglos; pero estas flores moriscas deben de ser eternas, no hay duda alguna.

Cuando al anochecer de una tarde de junio sube el viajero á la torre de la catedral de Murcia, émula digna de la Giralda, y el inmenso panorama que ante sus ojos se desarrolla, no son recuerdos poéticos los que se agolpan á su mente, no, es una ilusion de tal naturaleza que suprime los siglos y las conquistas, los reyes, los pueblos y las religiones, para crear presente lo que es triste pasado. Si entonces se fija el viajero por acaso en las cruces benditas que coronan las bóvedas laterales del templo, restriégase los ojos y cree que verda-

deramente sueña, porque esperaba hallar la media luna.

El horizonte arde: ráfagas de color de naranja, sudario del sol que acaba de morir, revelan al viajero que es el cielo de Africa el que le cobija. El ambiente viene impregnado en aromas salvajes ó dulcísimos; ora trae los murmullos acres del mar, ora los cantos de los jilgueros de la huerta, ora el olor de sus flores y de su bosque, ora en fin el tibio susurro de las aguas que como animadas de un espíritu inteligente se dirigen á regar lo que quiere el hombre que rieguen. El Segura, mártir de la belleza campestre, sangrado por mil partes, explotado en todas, en ninguna libre, parece un esclavo que cubre con flores sus cadenas, y reasume todos los susurros de las acequias y las cañerías en un suspiro profundísimo que llena el ambiente de melancólica dulzura.

A los piés del viajero está la ciudad tendida mansamente como banda de palomas, que, rendidas del calor se posaran bajo los árboles. El muelle y voluptuoso silencio de las ciudades moriscas no ha huido de Murcia todavía, que eran estas poblaciones á las castellanas por lo tocante al ruido lo que el amor mudo de los besos y las caricias al amor estrepitoso de las serenatas y de las trovas. La línea que separa al meridional del africano es en esto muy perceptible.

Fáltanle á Murcia monumentos árabes, ya lo hemos dicho, pero tiene en cambio, mirada á vista de pájaro, la fisonomía mas oriental que pueda imaginarse. Parece que la emboza una capa negra, y es el piso de sus terrados que lo hacen con una tierra oscura. Esta igualdad, que en la perspectiva pudiera ser monotonía, la altera pintorescamente la pared blanca que separa unos terrados de otros. Dichoso sea entre paréntesis y sin tanto así de malicia: en ninguna parte se puede cantar con mas razon que en Murcia aquella copla:

Es el amor terreno
Tan poco firme,
Que parece una cuerda
De volatines;
Y en sus enredos
Parecen los amantes
Volatineros.

Gracias á los terrados, en Murcia todos los amantes parecen volatineros. A cada paso desde la indiscreta torre de la catedral se ven cuando empieza la ciudad á envolverse en sombras, misteriosos bultos de figura humana, que saltando las paredes divisorias de los terrados recorren quizá una calle entera hasta reunirse con algun otro bulto femenino, en cuya compañía se apartan luego á un rincón donde los tenga Dios de su mano, que aquí la sangre hierve.

A estos terrados es costumbre que salgan á pasear las murcianas á la caída de la tarde, con que ya se comprende la poética perspectiva que presentarán las casas á vista de pájaro. Pónganse en esos terrados todos de colores, siéntese esa aérea tertulia en muelles almohadones, agréguesele un fumador de larga pipa, y como el atavío de las personas no lo alcanzan á distinguir los ojos, cata á Murcia la cristiana convertida en una población turca. ¿Quién creará que en una catedral pueda pensarse tanto en Mahoma?

Y á dicha tendrá por cierto el viajero que sea un tanto fantástico no distinguir los trajes femeninos, que ellos marchitarían su ilusión instantáneamente. Intolerable y horroroso anacronismo hacen en los terrados los insulsos vestidos que cubren los piés, los prosáicos pañuelos de *barage*, y los tocados mezquinos de tul, que con insufrible monotonía gastan hoy todas las damas europeas; mas también para este disgusto encuentra el viajero compensación en la catedral de Murcia; pues un anteojo de larga vista le permitirá escudriñar los mas recónditos sitios de la huerta, y recomber á su sabor aquellas veredas que serpentean entre los árboles como culebras de nieve, aquellos caminos entoldados de verdura que parecen conducir al paraíso, y aquellas *delanteras* de las casas de campo donde bailan el domingo zagalas y mancebos y trabajan entre semana todos los individuos de la familia.

En estos rostros y en estos trajes sí que el viajero hallará ocasión para creerse en la mismísima Morería, como dice el vulgo. Los saragüelles blancos, que moriscos y moriscas usaban la ancha faja de colores vivos, que está pidiendo á voces una cimitarra, la camisola de echura de jubón, la manta abigarrada y con alhamares, que según las varias posturas y ocasiones era en nuestros moriscos equivalente á capa, ó tabardo, y en los viejos y graves á lobo... ¿qué mas? hasta la famosa *monteriquia* es indudablemente una degeneración de la *chia* hebrea que usaban nuestras razas proscritas, ó de la caperuza que traían en los últimos tiempos las gentes castellanas, confundidas ya con sus enemigos. ¿Y el turbante, se dirá, el turbante que es prenda típica, característica del traje moruno? El turbante está compendiado también en la *monteriquia*. Los especialísimos sastres de la huerta han hallado el modo de hacer mas monteras al revés de las de Sancho Panza, pues con poco paño abultan mucho, ahuecando la cabeza grandemente, y aun deben de ser mas anchas, pues con frecuencia llevan los huertanos debajo un pañuelo ceñido, y entonces la ilusión es completa, ganas dan de llamarlos Aben-zaide, ó Rusafa, ó Abdul.

Por las veredas de la huerta bajan los domingos á Murcia un verdadero aluvión de huertanas y huertanos así vestidos, que invaden la ciudad como conquistadores. Entre semana, de lo que ménos se acuerdan es de

reunirse con sus semejantes. ¿Cómo será de numerosa esta población medio salvaje y medio humana que en todo el reino se le llama la Rusia, si bien se la debía de llamar la morisma?

El género de vida que traen á orilla de sus acequias, medio hombres, medio anfibios, recibiendo por adarques los rayos de un sol ardiente á través de un toldo de verdura impenetrable, las mas veces los hace ocasionados á crueles enfermedades, y les pone como es sabido, cuando soplan ciertos vientos, un humor de todos los diablos que da mucho que hacer á los jueces de primera instancia. Matan ó asesinan por un quitame allá esas pajas, y raro es el baile de la huerta en que no intervienen unos cayados muy gruesos de madera amarilla que todos gastan. Cuando esto sucede, á imitación de sus hermanos andaluces, empiezan por deshacerse de la guitarra, como si acabada la música debiera empezar el llanto.

— ¡Quita las manos! gritan al tocador, blandiendo el cayado.

El tocador recoge pausadamente las manos en los bolsillos, y la guitarra queda sobre sus piernas á merced del cayado, que no tarda en darle un beso mayúsculo que la hace callar para siempre.

Y empieza el vapuleo. Cada trancazo deshace una cabeza.

Aquí no hay por fortuna trabucos en tanta abundancia como en las huertas de la inmediata provincia de Alicante. Solo Elche y Orihuela poseen mas trabucos que los barrios madrileños de Lavapiés y Maravillas.

Con la pintoresca ermita de la Fuen-Santa se completa el cuadro de lo que se ve desde la torre de la catedral. No hay que buscar en Murcia otros espectáculos de primer orden, excepto en la misma catedral una capilla que merecía artículos aparte. Bajando luego á la población, lo que se encuentra de mas bello es un paseo titulado de Florida-blanca por la estatua del ilustre murciano que entre sus flores y sus frutales descuella. El del Malecón, que corre á la orilla del Segura mirando á poniente, es según lo indica su nombre, una simple muralla destinada á impedir que invada el río la huerta; mas como el paseo la invade á su vez tiene magníficos puntos de vista. A la caída de la tarde en particular, cuando los pájaros despiden al sol, cuando el Segura suspende sus quejidos, y las ranas y los insectos de la noche destemplan armoniosamente la música de la naturaleza, se ven desde el Malecón dibujadas en el púrpuro cielo las gigantes palmeras de las cercanías, símbolos de la inteligencia humana que desdeña la tierra en la que solo vive su cuerpo miserable. Esta es la única hora en que deja su nido alguna lánguida murciana. El resto del día, como no sea de misa, no se ve por las calles una sola mujer.

Los cafés de Murcia nada tienen de particular, y mucho de malo; pero en cambio el casino es una verdadera perla. Excepto el de Cádiz, no he visto ninguno que se le aventaje en elegancia y riqueza. Aunque algunas posadas se pavonean con el título de fondas, solo se vive confortablemente en la fonda francesa, establecida en la casa que fué Cárcel de la Inquisición. El comercio, reducido á la exportación del esparto y de las frutas, es ántes pobre que otra cosa. Indolentes, como todos los españoles, estos murcianos no han estudiado siquiera el medio de que sus exquisitas frutas duren lo suficiente, ora sea extrayéndolas el aire, ora sometiénolas á otro procedimiento, para exportarlas al extranjero por el vecino puerto de Cartagena. Ignoran quizá que los industrioses ingleses surten á todas las Américas de frutas españolas, que parecen recién cogidas del árbol?

V. BARRANTES.

Revista de la Moda.

SUMARIO. — La elegancia en la caza. — Trajes á la moda. — Los hombres con esclavinas y las señoras con paletós. — De los cuellos que se usarán en el invierno próximo. — El paletó-moda. — Levitas de otoño. — Vuelven los pantalones anchos. — Telas á la moda. — El edredon y el chinchilla. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de otoño y de caza.

Ahora que se han concluido las fiestas dadas en honor de S. M. la reina de Inglaterra, la elegancia parisiense ha salido de caza. La caza y el turf son las dos grandes preocupaciones de la juventud de nuestros dias. El traje de caza difiere del de montar á caballo; el primero es de pura fantasía, todo se admite en él, aunque sin embargo, por lo comun se compone de lo siguiente: casaquilla de paño color de violeta, castaño claro ó verde de corte, con solapas amaranto, azul de Francia, naranja ó escarlata de terciopelo, el chaleco se hace igualmente de terciopelo; de forma Luis XVI, esto es, que puede cerrarse hasta la corbata, y que mediante su longitud representa por abajo una especie de chaleco de faldetas con los dos delanteros ligeramente abiertos. El calzon se hace de piel de gamo ó de punto de lana; la piel de topo cienenta, tela muy confortable y que sienta bien, está muy á la moda. En la cabeza se lleva un gorrito estilo jockey, ó el sombrero de fieltro que algunos elegantes adornan con una pluma. La juventud se permite algunas excentricidades en punto á modas; ¿no piensa adoptar este invierno esclavinas de paño,

en tanto que las señoras parisienses llevarémos el paletó masculino? Y no hay que reírse, este es un proyecto muy serio que se realizará indudablemente. Además, la elegancia de ambos sexos se propone combatir los frios de la próxima estación con unos cuellos compuestos de una tela que representa una piel de carnero de pelo largo; es como la collera de los caballos de los húsares; ¡excelente idea! Júzguese, pues, lo elegante que serán estos cuellos, y sin embargo, harán furor, solo porque son horrosos; si, amados lectores de Ultramar, nada mas que por eso. Decididamente tenemos una pasión muy pronunciada por lo feo y lo grotesco; las mujeres se visten en forma de campanas, y los hombres para parecer tubos de chimenea.

La otra noche en la playa de Dieppe una gran señora se paseaba con uno de esos cuellos; la luna reflejaba su pálida luz sobre ese adorno original, y le daba cierto parecido con la piel de una fiera.

— ¿Quién es esa hermosa señora tan meditabunda? preguntó un joven barón alemán, enamorado siempre de la hermosura bajo cualquiera forma que se presente.

— Esa hermosa señora que está contando las estrellas, añadió un joven calavera vestido con un *paletó-moda*, nuevo paletó de forma bien poco graciosa, es una de las primeras parisienses que adoptan las modas.

Pero ya que he anunciado el paletó-moda, justo será que me explique sobre él un poco. Se hace muy ancho, con mucho vuelo y con mangas, de un nuevo paño llamado *chinchilla*, color oscuro; es un capote militar y no otra cosa, pero que hará furor este año entre la elegancia parisiense.

Se dice que se va á renunciar á los vestidos largos, y que se entrará en una longitud razonable y proporcionada á cada estatura. Durante la estación de otoño y de caza, la moda prepara los modelos de invierno, pero nunca hasta los principios de noviembre se saben positivamente las novedades.

Sin embargo, ya se ven algunas levitas de otoño así llamadas porque se cruzan, y algunos paletós con bastante vuelo; generalmente no se ponen bolsillos en los faldones, cuando la prenda se ha de llevar sola, como por ejemplo la levita que cruza sobre el pecho. Los pantalones se ensanchan gradualmente; ¿quién sabe si no llegarán á tener la anchura del pantalón turco, despues de haber sido tan angostos?

Dícese que se va á operar una revolución en los chalecos y en los fracs: ¿se llevarán con faldetas y abiertos por la crinolina, como los usaban los señores del tiempo de Luis XVI? Nada me parece extraordinario en cuanto á modas atrevidas y burlescas. Verémos lo que hay en ello. En el día se piensa en los paletós que cubren bien los vestidos interiores: el tejido mas á la moda es el *chinchilla* porque es grueso, flexible y ligero al mismo tiempo; el edredon también se usa mucho: los colores á la orden del día son el verde ruso y el verde de corte, el bronceado mas ó ménos claro, pues en este color hay una variedad infinita, y el Marengo, especie de mezclilla de lana cienenta y negra. Sin embargo, se prefiere con rayas en relieve. Pero lo repetimos, el *chinchilla* se prefiere con mucha razon para toda clase de prendas confortables, porque es de una fabricación muy espesa, muy flexible, y por consiguiente de mas abrigo que los otros tejidos, sean cuales fueren; muchos de estos paletós se hacen sin ningun forro interior excepto en las mangas; en este caso se pone sobre las solapas una banda de lo mismo de arriba á bajo bastante ancha de arriba para la vueltecilla de los delanteros. Pero es mas rico y elegante un forrado entero de raso de China, ó una hermosa diagonal de seda con el cuello cubierto de terciopelo. Los botones se encuentran un poco de lado, para que el cruzado sea bastante ancho cuando la prenda se abotona.

Los bolsillos de los faldones se colocan á lo largo en la costura de pegado que separa la espalda del delantero; se ponen al alcance de la mano, y la abertura se cubre con una cartera cosida llano semejante á la de un chaleco con la abertura perpendicular que pasa de detrás hasta adelante.

Mientras llegan las modas de octubre recomiendo á mis lectores elegantes nuestro figurin de hoy que representa ya el conjunto de algunos trajes de la estación de otoño.

El primero es un joven cazador seguido de un lacayo de caza. El traje del último se compone de una pequeña levita de paño verde cerrada derecha sobre el delantero por medio de nueve gruesos botones dorados con cabezas. — El talle es un poco largo y los faldones muy cortos y sin vuelo. Los colores distintivos en el cuello así como en las bocamangas son de paño amaranto galoneados de oro. Sobre el hombro izquierdo lleva el tahalí también galoneado á los lados y cuyo centro es amaranto; por delante lleva una placa. El chaleco es de paño amarillo y como la levita va cortado de modo que se abotone hasta el cuello. El calzon es de paño verde, con altas polainas de cuero natural abotonadas sobre el lado. En la cabeza lleva un gorrito redondo, adornado con un galoncito de oro.

El segundo traje de caza, es el del amo, es de terciopelo mezclilla; la levita solo tiene una hilera de botones de bronce, y el corte es parecido al de las jaquetas de verano, aunque un poco mas ancho. El talle se hace largo y los faldones cortos con poco vuelo. El chaleco muy largo y formando faldeta se cierra hasta arriba á voluntad, ó cae en forma de pequeño chal. — En cuanto al calzon es muy ancho, y cae con las polainas de nuevo abotonadas sobre el lado.

El tercer personaje lleva un vestido de calle para de día; si es para visitas de campo tiene un poco mas de fantasía; levita de paño azul oscuro, abotonada solo con un botón; el delantero así como la espalda están cortados ligeramente en escapé por abajo. Esta levita va respunteada todo alrededor; el cuello es pequeño y las mangas anchas van sin bocamangas. Chaleco de valencias de pequeño chal y largo ordinario por abajo. Pantalón ancho de lana de rayas, de

caida derecha y ajustado sobre el pié; trabillas pequeñas de la misma tela.

Nuestros modelos de hoy concluyen con un traje de turista proclamado como uno de los mas elegantes para salir de paseo por la mañana en los campos: distínguese sobre todo por un modelo de paletó muy original, aunque sin rayar en lo extravagante. Este paletó es de paño céfiro color de hoja seca; solo lleva tres botones que se cierran á voluntad; mangas muy anchas y derechas ligeramente redondas por abajo. Este género de paletó se hace muy corto y se forra de seda por dentro; los bolsillos colocados al lado llevan carteras redondas cuya abertura se cierra por medio de un boton. Chaleco de fantasía azul rayado, de chal, poco largo y recto sobre las caderas. Pantalón de satin ligero color de perla, adornado con una banda al lado, corto y redondo sobre el zapato de charol. Sombrero de fieltro blanco, forma llamada *planteur*, con alas ribeteadas y cinta de seda. Corbata ligera de tafetan negro, cuello postizo á la inglesa y guantes Jouvin color ceniciento.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

Arqueología farmacéutica.

Paseándome dias pasados por Fontainebleau, entré en una botica cerca del palacio, para comprar un pomito de amoniaco. Como soy un poco aficionado á la arqueología distinguí con el mayor placer en casa del boticario una vasija muy antigua de hacer unguento de loza blanca, con adornos azul celeste, de asas retorcidas, y de un aspecto severo, verdaderamente farmacéutico. En una de las caras de esta vasija habia escrito: *C. ALKERM* esto es, *confeccion alkermés*, y en la otra se veia pintado un paisaje representando una torre almenada, una casa con torrecillas, dos árboles y nubes,



Un mortero oficial de 1660, en Fontainebleau.

todo ello de una originalidad sorprendente. Si es verdad que los buenos unguentos se meten en las vasijas muy viejas como dice un proverbio francés muy popular, el medicamento que encerraba aquella porcelana venerable debia ser excelente.

Pero no se reducía á esto toda la riqueza arqueológica de aquella botica, sino que habia además en ella un antiguo mortero de bronce fundido, que se hallaba sobre un pedestal de madera no ménos antiguo. En la parte superior se lee esta inscripcion:

ANDRE. MOREL.

APOTICAIRE. Á. FONTAINEBLEAV. 1660.

Las asas muy en relieve, representan dos cabezas de leones; cuatro figurillas de hombre y de mujer á manera de cariátidas que sostienen el borde donde se halla la inscripcion susodicha, se hallan colocadas á cada lado de las armas, y dos escudos con las armas de Francia y la corona real encima, completan el ornato de este mortero. Desgraciadamente este objeto curioso se halla deteriorado: en 1814 el caballo de un cosaco le dió una coz tan fuerte que le abrió y melló en muchos sitios sus bordes.

El boticario me dió muchos pormenores sobre la historia de su laboratorio, que hace ya muchos años no ha salido de su familia. Desde Andrés Morel farmacéutico del rey en 1660 hasta nuestros dias, se han sucedido ocho boticarios sin interrupcion.

Muchas preparaciones oficinales datan de esa época y aun de mas antiguo. Entre otros medicamentos que seguramente en atencion á su vejez son dignos de figurar en un gabinete de anticuario, me mostró muchos canutillos de un emplasto famoso que llevaban la fecha de 1642. Para antigüedades farmacéuticas no hay mas que recurrir á esa botica.

H. B.

Necrología.

Acabamos de perder á un artista de los que mas se han distinguido en nuestro periódico, Mr. Enrique Valentin, muerto á los treinta y cinco años en la ciudad de Estrasburgo, al cabo de una enfermedad corta y dolorosa. Valentin, nacido en Allarmont, en los Vosges el 13 de enero de 1820, habia sido destinado por su padre á la carrera eclesiástica, y ya con este fin habia hecho sus primeros estudios en un seminario, pero arastrado al arte por una vocacion que se habia manifestado desde su infancia, el jóven seminarista abandonó la carrera eclesiástica y entró en el estudio de M. de Mirbeck, pintor que habitaba en Saint Dié. En breve reconoció este artista que su nuevo discípulo nada tenia que aprender con él, y aun sin querer recibir el pago de las lecciones que le habia dado, le alentó á marchar á Paris donde podria desarrollar su talento y utilizarle fácilmente.

Sin embargo, no sucedió así en el primer tiempo. Llegado á Paris á la edad de diez y nueve años sin recomendaciones y sin protectores, Valentin tuvo que descuidar el lápiz para recurrir á la pluma, y debió resignarse á dar lecciones de escribir que le ayudaron á vivir hasta el dia en que pudo dar los primeros pasos en la carrera que le estaba destinada, y que, debia recorrer eu un tiempo bien



limitado, por desgracia. Ocupado en improvisar incesantemente dibujos de todas clases para las publicaciones ilustradas de Paris, Valentin adquirió en breve en este ejercicio cotidiano una facilidad de composicion y una seguridad en el manejo del lápiz, que pronto le valieron una reputacion de primer orden entre los dibujantes parisienses.

El talento de Valentin se recomendaba sobre todo por una observacion verdadera, fina y característica de las fisonomías y de los hábitos contemporáneos, por un sentimiento innato del movimiento de la muchedumbre y de la disposicion de las masas populares y siempre por una elegancia de una composicion inimitable como puede verse por ejemplo en las láminas que llevan por título: *los Huevos de Pascua*; *la Ceremonia de inauguracion del Palacio de la Industria y la Paz y la Guerra*, últimos dibujos de Valentin que hemos publicado en nuestro periódico.

Aunque por medio de un trabajo perseverante Valentin habia llegado á adquirir la reputacion y la fortuna, no por eso se olvidaba de su país natal, y todos los años hacia un viaje á Allarmont, donde en virtud de sus últimos deseos, ha sido transportado su cuerpo para entrar en la sepultura de una familia cuya felicidad fué el interés mas vivo de su vida.

G. F.